Traducido por Lieeette María Sánchez Chávez y Elena Nazco Mora

MELINDA COLT

DESAPARECIDA

Una novela corta del Escuadrón de la Garda irlandesa

Traducido por Lissette María Sánchez Chávez y Elena Nazco Mora

MELINDA COLT

DESAPARECIDA

Una novela corta del
Escuadrón de la Garda irlandesa

Traducido por Liesette María Sánchez Chávez y Elena Nazco Mora

MELINDA COLT

DESAPARECIDA

Una novela corta del Escuadrón de la Garda irlandesa

DESAPARECIDA

UNA NOVELA CORTA DEL ESCUADRÓN DE LA GARDA IRLANDESA

MELINDA COLT

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Epílogo

sobre la autora

Notas

Desaparecida

© 2022 by Melinda Colt

ISBN: 978-1-955642-17-0

Consultor: Detective Simon McLean, autor de The Ten Percent

www.WrittenMusings.com

www.WrittenMusings.com/MelindaColt

www.MelindaColt.com

Diseño de portada: www.CoveredByMelinda.com

A pesar de estar basada en eventos reales, esta novela es completamente ficcional. Todos los sucesos y personajes, a excepción de aquellos que son de dominio público, son meros productos de la capacidad creativa del autor o han sido utilizados para estructurar una historia ficticia, por lo que no deben ser considerados reales. Cualquier semejanza con personas vivas o ya fallecidas, es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Este libro no puede ser reproducido, vendido o transmitido, total o parcialmente, sin un permiso expreso y por escrito, a excepción de en citas, reseñas o artículos.

Para la obtención de cualquier permiso, por favor consulte www.WrittenMusings.com para obtener los links.

“Espero que al final el amor y la verdad sean más fuertes que cualquier mal o desgracia que habite el mundo”. — Charles Dickens

1

La detective Finola Finn McGregor dio otro sorbo a su café sin bajar los prismáticos. No tenía intención de apartar los ojos de la niña que vigilaba, aunque la cámara situada en el trípode a su lado grabara cada uno de sus movimientos. Sin embargo, era una herramienta útil que le facilitaba la vigilancia.

A diferencia de lo que sucede en las películas, el trabajo de un agente de policía no era tan glamuroso. En Irlanda, la mayoría de los casos se resolvían en veinticuatro horas. Ser detective aquí no era precisamente un episodio de Columbo. Pero este caso era diferente. Hacía una semana, la policía había recibido una denuncia anónima sobre tres niños que habían sido vistos mendigando en diferentes puntos del centro histórico de Dublín. Inmediatamente, La Garda Síochána reunió un equipo para determinar si se trataba de un caso de explotación infantil, un delito que tristemente se hacía recurrente. Cada año, cuarenta millones de personas eran víctimas de la trata de seres humanos. Una de cada cuatro era un niño. Aunque la mayoría se veía obligada a la explotación sexual, los niños también eran utilizados en áreas como la mendicidad y el trabajo forzado.

Casualmente Finn vivía en un pequeño piso con vistas al centro de la ciudad. A la detective no le importaba que esa fuera la única razón por la que el Inspector Jefe la hubiera elegido para formar parte del equipo de vigilancia, la posición estratégica del inmueble le permitía tener una visión clara de la niña que le habían asignado. Esta era su gran oportunidad, no solo para demostrar que merecía el ascenso que deseaba, sino para salvar a esa niña.

Había tres menores implicados en la operación, dos niños y esta niña. Otros dos detectives vigilaban a los varones. Uno de ellos estaba apostado frente a la Iglesia Metodista de Abbey Street, mientras que el segundo estaba en la parada de autobús central. Los vio al pasar por allí, asumiendo el comportamiento de un peatón común que se dirige a su casa después de un día de trabajo. Los niños parecían tener entre seis y ocho años, estaban sorprendentemente delgados y vestían ropas harapientas muy

poco apropiadas para el prematuro clima invernal de noviembre.

Se le partía el corazón al ver esos pequeños rostros que asomaban detrás de los mechones negros, y los ojos desesperados que habían visto más horrores de los que la mayoría de la gente experimenta en toda su vida. Lo más probable es que fueran niños gitanos, ya que estos son los más fáciles de traficar, especialmente los procedentes de ciertos países de Europa del Este. Algunos nacen en familias tan pobres e ignorantes que en ocasiones sus padres ni siquiera se molestan en registrar sus nacimientos, y mucho menos en presentar una denuncia ante la policía si sus hijos desaparecen. Un traficante puede comprar a un niño por apenas unos cientos de euros, y a menudo los propios padres venden a sus hijos, sin importarles lo que pueda ocurrirles. La realidad de la esclavitud moderna era atroz. Como policía, Finn sabía que su trabajo consistía en arreglar las cosas a su alcance, una a la vez.

La niña que observaba tenía unos siete años. A diferencia de los niños, tenía una tez clara y un hermoso y largo cabello rubio, incluso enredado y sin lavar. Sus grandes ojos azules eran impresionantes, y Finn pudo ver por qué mucha gente se detenía y ponía monedas o billetes en la mano extendida de la pequeña.

Finn sabía que lo peor que podían hacer era darle dinero a los niños, pues ninguno conservaba un céntimo. Todo lo que recogían iba directamente a los traficantes. Aun así, al mirar esos ojos tristes y esas mejillas hundidas y enrojecidas por el frío, tuvo que luchar contra la necesidad de tomarla de imprevisto, llevarla a casa y ofrecerle comida caliente y abrigo. No serviría de nada.

Como agente de policía, debía atenerse a la ley, y eso significaba que necesitaba pruebas sólidas de que los niños eran realmente víctimas de la trata de personas y estaban obligados a mendigar. La policía tenía que construir un caso sólido para rescatar a las víctimas y asegurarse de que los delincuentes fueran castigados. Si no había víctima, no había delito. Necesitaban el testimonio de un testigo.

Después de observarla durante una semana y de discutir el caso con el equipo, Finn había decidido que esa niña era su mejor opción. Había una sensación de desafío en ella, algo que le decía que aprovecharía la primera oportunidad que tuviera no solo para escapar, sino también para hacer pagar a sus explotadores.

Desde la distancia, en la comodidad de su propio apartamento, con el corazón dolido, Finn observó el triste cuadro que tenía ante sí. Cada mañana, un hombre llevaba a la niña al mismo lugar. Le apretaba el delgado hombro y le hablaba brevemente, para luego marcharse. El método más común para mantener a los niños a raya consistía en hacerlos pasar hambre y golpearlos si no reunían una determinada cantidad de dinero cada día. Era sorprendente la eficacia de estos métodos para adiestrar a un niño, una técnica repugnante que se utilizaba a menudo para domesticar animales. Aun así, los traficantes no eran tontos. El instructor que estaba a cargo de esta niña y de los otros dos, nunca estaba muy lejos, controlaba a sus tres pupilos varias veces al día.

Con la ayuda de las fotos y las grabaciones de la cámara de Finn, los detectives cibernéticos identificaron rápidamente al hombre mediante un software de reconocimiento facial. Seamus Fraser tenía cuarenta y tres años, era soltero, estaba desempleado y antes había trabajado como camarero en un bar. El problema era que Fraser no tenía antecedentes penales, ni siquiera una maldita multa por exceso de velocidad sin pagar. Sobre el papel, era un ciudadano respetuoso con la ley. Si los gardaí lo detenían sin pruebas suficientes, correrían un riesgo tremendo. Si no lo acusaban en cuarenta y ocho horas, tendrían que dejarlo libre. En ese caso, no se sabría qué pasaría con los niños. ¿Los harían desaparecer él y sus socios, si es que tenía? Se estremeció. La Garda tendría que utilizar guantes de seda para construir un caso irrefutable contra Fraser y sus posibles aliados.

Fraser recogía a la niña todas las noches entre las siete y las ocho, siempre acompañado de los dos chicos. Como la zona del centro era peatonal, Finn le había seguido varios días para ver qué tipo de coche tenía y dónde lo aparcaba. Tras seguirlo discretamente, había descubierto que conducía un maltrecho Ford Transit Wagon gris oscuro con las ventanillas traseras oscurecidas, que aparcaba aproximadamente en el mismo lugar cada día. Había comprobado las matrículas y sabía que el vehículo era de su propiedad.

Ahora que comprendía su aparente rutina, estaba decidida a seguirlo esa noche. No había consultado la idea con sus superiores y sabía que podría ser criticada por ello, pero su instinto le decía que debía salvar a los niños lo antes posible. Solo Dios sabía por lo que estaban pasando. Finn no podía perder más tiempo. Además, dejando de lado las normas, ¿no era su

trabajo como policía actuar en beneficio de las víctimas? Solo esperaba que su instinto no la hiciera equivocarse esta vez.

Le echó un vistazo a su reloj. Eran las seis y media y ya estaba oscuro. Las luces festivas que adornaban la ciudad habían perdido su encanto. ¿Cómo podía pensar en la Navidad y en los regalos mientras observaba a esta pequeña, que probablemente no conocía el verdadero significado de las fiestas? Finn imaginó que su fría y solitaria vida era un eterno invierno. ¿Qué clase de monstruo le haría esto a una niña, a cualquiera?

Se puso en pie, dejando escapar una mueca de dolor cuando la sangre empezó a fluir de nuevo. Le dolía todo el cuerpo y estaba ansiosa por ponerse en marcha. A los veintiséis años, seguía siendo tan ágil como un gato, pero notaba que cada año su cuerpo se hacía más pesado, sobre todo en Navidad.

Mientras se estiraba, Bryan abrió la puerta y entró, sacudiendo la nieve de su abrigo.

—Hola, ¿qué pasa? —su sonrisa plegó los costados de sus brillantes ojos azules.

Finn se acercó y le besó la fría mejilla, luego le alborotó el pelo rubio perfectamente peinado. Sabía que eso lo volvía loco.

—Tengo que irme. Tengo que trabajar esta noche —dijo.

La sonrisa de Bryan vaciló mientras se quitaba el abrigo y las botas. En los dos años que llevaban juntos, nunca le había hecho preguntas concretas sobre su trabajo. Como abogado, entendía la necesidad de la confidencialidad.

Culpable de haberlo descuidado los últimos días, Finn esperaba que la entendiera. Ante su mirada cabizbaja, dudó por un instante, luego tomó su mano y tiró de él hacia la ventana.

—¿Ves a esa niña, la que pide limosna frente a McDonald's? —le entregó los prismáticos.

Bryan se los llevó a los ojos. Su cara se arrugó de pena mientras miraba la plaza abarrotada.

Finn utilizó la cámara de su teléfono y su función de zoom para observar también. La chica intentaba calentarse las manos congeladas soplando sobre ellas, su aliento se condensaba en el

aire frío de la noche. Un transeúnte se detuvo y rebuscó en su bolsillo, sacó un billete y se lo entregó, y ella rápidamente se lo metió en el bolsillo: un billete más para financiar a los traficantes.

—Tenemos razones para creer que es una víctima de la trata, obligada a mendigar —dijo Finn.

Bryan se cortaría la lengua antes de repetir cualquier cosa que ella le contara en confianza. Con la mirada fija en sus amables ojos, el amor la inundó ante su expresión de dolor. Una de las muchas cosas que ella adoraba de él era su naturaleza compasiva, que había mantenido junto con su integridad, incluso cuando trabajaba a la vanguardia del derecho corporativo.

—¿Hay algo que pueda hacer? —su mirada de preocupación permanecía posada sobre la niña.

—Solo calienta una lata de sopa, come y no me esperes despierto.

Finn se apresuró a ir al dormitorio, donde se puso unos vaqueros, un jersey grueso y unos calcetines mullidos. Metió su arma reglamentaria en una funda dentro de la cintura, camuflándola bajo el voluminoso jersey. Hacía poco que se había cortado el pelo liso y pelirrojo, y se alegraba de que necesitara poca atención. No solía llevar sombrero, pero se puso un gorro de invierno de ala que ocultaba parte de su cara, y luego se envolvió la barbilla con una bufanda para disimular mejor su apariencia.

En la puerta, Bryan la ayudó a ponerse la chaqueta de invierno. Quería hacer preguntas, necesitaba saber a dónde iba y que estaría bien, pero, como siempre, permaneció en silencio. Se puso de puntillas y le besó los labios, disfrutando de su fuerza mientras la abrazaba con ímpetu

—Ten cuidado, ¿sí? —sin éxito, trató de ocultar la preocupación en sus ojos.

Finn le acarició la mejilla.

—Siempre lo tengo. No sé cuándo regresaré, así que no te preocupes.

—Siempre lo hago. Te quiero.

—Yo también te quiero —dijo Finn antes de salir corriendo a la

calle.

2

Finn tenía un plan, uno que había estado meditando los últimos dos días. Saliendo por la entrada trasera de su edificio, dio una vuelta para acercarse a la niña desde la dirección opuesta en caso de que Fraser estuviera lo suficientemente cerca como para observarla. La pequeña rubia seguía en su sitio, pasando de un pie a otro para mantener el calor. Detrás de ella había un restaurante de comida rápida. Finn entró y pidió una hamburguesa doble, una tarta de manzana y un té, sin dejar de vigilar a la pequeña. Cuando la comida estuvo lista, la cogió y se dirigió al exterior. Fingió que se había fijado en la chica y se acercó con disimulada vacilación.

—Hola —sonrió con la esperanza de tranquilizar a la niña.

Sorprendida, la niña levantó sus enormes ojos azules. Debía de ser razonablemente nueva en el juego porque no parecía estar acostumbrada a que la gente le hablara. Eso era algo bueno. Tal vez sus cicatrices, tanto emocionales como físicas, podrían curarse algún día.

—Hola —la mirada de la niña se desvió nerviosamente de derecha a izquierda, y Finn supo que estaba comprobando si Fraser estaba cerca.

—¿Cómo te llamas?

La niña dudó, y luego respondió tímidamente.

—Maddie.

Finn le ofreció la bolsa.

—Encantada de conocerte, Maddie. Soy Finn. No tengo dinero en efectivo, pero creo que necesitas esto más que yo.

La chica se quedó mirando la bolsa antes de cogerla. Lentamente, la abrió. Finn casi pudo ver cómo se le hacía agua la boca.

—Espero que te guste.

—Sí. Gracias, señora.

El acento de la niña la sorprendió. ¿Cockney? ¿Podría esta niña ser británica?

—Ni siquiera lo has probado —Finn quiso asegurarse de que comiera y la miró con insistencia.

Maddie metió la mano en la bolsa y sacó la hamburguesa. Tenía las manos sucias, con las uñas mordidas. Miró fijamente el sándwich, pero la tentación era demasiado para la pobre niña. Comenzó a morder con avidez, pero con algo de modales.

¿Cómo había llegado hasta aquí? Finn no se atrevió a preguntar, cualquier pregunta o acción sospechosa podría provocar la desaparición de la niña. Ya se había excedido en su encuentro. Por mucho que le doliera dejar a Maddie, tenía que hacerlo, por ahora. Al menos la niña tenía comida caliente en su estómago, y nadie podía quitársela.

Finn estaba a punto de irse cuando vio a Fraser por el rabillo del ojo. Estaba solo esta noche. Maddie se quedó helada, con el resto de la hamburguesa a medio camino de su boca. Finn se agachó y le dio una palmadita en la cabeza.

—No te olvides de beber también tu té.

Con una última mirada y un doloroso arrepentimiento en su pecho, Finn se alejó. Necesitaba retirarse por ahora, pero esto era una victoria.

Se detuvo en uno de los restaurantes de la zona, pidió una ración de sopa de pollo y tres sándwiches de jamón para llevar. Puede que estuviera en una misión de tontos, pero maldita sea, tenía que hacer algo. Si funcionaba, bien; si no lo hacía, se ahorraría el precio de la comida y las miradas de reproche de los miembros del departamento, que le pedirían la cabeza y la placa si supieran lo que estaba pensando. Su madre siempre había dicho que era más fácil pedir perdón que pedir permiso. Además, con este tiempo, cada día que esos niños estuvieran mendigando en la calle podría ser el último. Ningún niño merecía una vida así.

Veinte minutos más tarde, Finn salió del restaurante con la bolsa de comida y caminó rápidamente hacia el lugar donde había aparcado su coche aquella mañana para preparar las actividades de esa noche, lanzando discretas miradas detrás de ella para

asegurarse de que no la seguían. Fraser estaba solo, algo inusual, pero perfecto para ella, ya que le daba más tiempo para organizarse. Acelerando el paso, se dirigió a la calle.

Una vez dentro del vehículo, buscó bajo el asiento del copiloto la mochila que había guardado allí. Sacó un termo nuevo que había preparado y vertió la sopa caliente en él, sin derramar más que unas pocas gotas. Satisfecha cerró la tapa y colocó el termo y los sándwiches en la mochila. Hasta ahí, todo bien.

Como no tenía frío, mantuvo el motor apagado mientras esperaba, con los ojos clavados en la furgoneta que estaba a dos coches de distancia. No tuvo que esperar mucho. Al cabo de media hora, Fraser apareció con los tres niños a cuestas. Desbloqueó la furgoneta, les indicó que subieran a la parte trasera, aseguró la puerta y se puso al volante. Luego arrancó el motor y se marchó.

El tiempo era crucial. El corazón de Finn latía con fuerza mientras esperaba antes de encender su propio motor. Se obligó a permanecer inmóvil varios segundos antes de salir a la calle para seguirlos, dejando tres coches entre el suyo y el de Fraser: lo suficientemente lejos para evitar ser detectada, lo suficientemente cerca para no perderlo de vista.

En casos tan delicados como éste, la policía tenía que ser cuidadosa; sin embargo, Finn sentía que a veces se movían con demasiada lentitud, arrastrando los pasos. No había discutido este plan con el equipo porque temía que se opusieran. Si tenía éxito, las cosas podrían avanzar más rápidamente; si fracasaba, al menos sabrían dónde tenía Fraser a los niños. Tal vez se estaba comportando de forma imprudente, pero, caramba, tenía que dar el siguiente paso. Solo debía asegurarse de no meter la pata y levantar sospechas.

Siguió a la furgoneta por el laberinto de calles del centro de Dublín. El tráfico era intenso y había comenzado a nevar de nuevo. Finn agradeció los grandes copos de nieve, que le servían de camuflaje. Fraser no podría ver mucho en su espejo lateral. Además, no tenía ninguna razón para sospechar. Haberle ofrecido comida a Maddie no significaba nada. Había observado que otros hacían lo mismo. Tal vez, como ella misma, sabían qué pasaba con el dinero que les daban a los niños.

A pesar de que estaba familiarizada con la psicología de las

víctimas, el síndrome de Estocolmo y estudios similares, a Finn le costaba entender por qué los niños simplemente no huían de sus abusadores. Los niños se escapaban de las familias que los querían todo el tiempo y, sin embargo, estas pobres almas se quedaban.

A menudo eran golpeados hasta ser sometidos y se les hacía pasar hambre si no obedecían. Ocasionalmente, se les recompensaba por hacer lo que se les decía. La técnica era sencilla pero terriblemente eficaz. Los niños víctimas de la trata se dividían en dos categorías: los que tenían familia y eran mantenidos a raya mediante amenazas contra sus seres queridos, y los que no tenían familia o no existían. En ese caso, se les decía que no tenían ningún lugar al que ir, ni otra opción que hacer lo que se les ordenaba.

Eran amenazados para que no hablaran con las autoridades. Sus secuestradores a menudo les mentían, diciéndoles que si la policía los atrapaba, serían enviados a prisión. Si los adultos podían ser presa de esta manipulación, ¿cómo iban a resistirla unos niños indefensos? No es de extrañar que se quedaran quietos, paralizados por el miedo y la impotencia.

Una lágrima resbaló por su mejilla y se reprochó por ello. Era una detective, por el amor de Dios. No iba a rescatar a esos niños ni a castigar a los cabrones que habían traficado con ellos llorando como una benefactora de corazón blando. Ya habría tiempo para ceder a sus emociones cuando los niños estuvieran a salvo.

Yendo detrás del vehículo, tomó rumbo hacia el norte de Dublín, afortunadamente nevaba cada vez más fuerte, bolitas de hielo se mezclaban con la nieve. Tenía una mejor visión de su objetivo que la que él tenía de ella detrás de su furgoneta. Parecía que la providencia estaba a su favor esa noche.

Fraser se dirigió a Finglas, un barrio que solía tener mala reputación pero que mejoraba poco a poco. Aunque no lo suficientemente rápido, no aún. Casas nuevas y viejas se alineaban en las calles. En algunos lugares, las casas estaban muy juntas; en otros, se mezclaban con almacenes y locales comerciales. No había muchos coches en la carretera, así que Finn dejó que la distancia entre su pequeño Volkswagen negro y la furgoneta se hiciera mayor. Justo cuando comenzó a temer por su descubrimiento, Fraser redujo la velocidad de su vehículo y se

detuvo frente a una casa destartalada de una sola planta.

Actuando por instinto, Finn pasó por delante de la furgoneta sin reducir la velocidad. Si se molestaba en darse cuenta, lo único que vería era otro coche en la carretera. Había anotado la dirección y una descripción de sus alrededores. Dando la vuelta a la manzana, volvió a la zona donde se había detenido el sospechoso. Las máquinas quitanieves estaban trabajando, limpiando las calles. ¿Dónde podía aparcar? Salir de su vehículo era fundamental para ejecutar su plan. En este barrio, los residentes reconocerían a cualquier extraño. Por suerte, gracias a la gran cantidad de nieve, la mayoría de la gente se quedaba en casa.

La residencia frente a la que el sospechoso había aparcado su furgoneta estaba más aislada que la mayoría. ¿Por accidente o por elección? A poca distancia de ella había un centro logístico. Finn rezó una rápida oración de agradecimiento al encontrar el aparcamiento casi vacío y libre de barreras que bloquearan el acceso. Se situó cerca del edificio y apagó el motor. No podía ver la casa del sospechoso, pero utilizó su sistema de navegación por satélite y su ubicación para destacar la dirección correspondiente. Echó un vistazo al reloj, eran casi las nueve. Demasiado pronto para intentar algo. Tendría que esperar, al menos, hasta la medianoche. Gracias al depósito lleno de gasolina, no se congelaría.

Usando la maravillosa tecnología que no entendía del todo, pasó el tiempo viendo dos comedias románticas clásicas en su tableta: Some Like It Hot y How to Marry a Millionaire. Encendió el motor un par de veces para calentar el coche. Miró su reloj nuevamente, notando que tenía el brazo entumecido. La adrenalina comenzó a correr por sus venas, hirviéndole la sangre, al percatarse de la hora. Doce y cuarto de la noche. Era el momento de actuar.

Al salir del coche, sacudió las piernas, se masajeó el trasero entumecido, se puso la mochila y cerró el Volkswagen. Hacía un frío terrible, y la nieve traía partículas de hielo que picaban sobre su cuerpo. Siempre le habían fascinado los suaves y esponjosos copos de nieve, por sus magníficas formas y diseños únicos. En el colegio los dibujaba y les añadía purpurina para hacerlos más bonitos. Su madre era cosmetóloga y su padre policía, por lo que no eran ricos, pero se habían asegurado de que a su única hija no le faltara nada, incluido el mejor material

escolar.

Eso era lo que deberían estar haciendo esos niños: dibujar copos, soñar con Papá Noel y jugar en la nieve. En cambio, estaban cautivos como animales y despojados de cualquier esperanza de tener una vida decente y normal. Era inaceptable. Por las buenas o por las malas, cambiaría su realidad. Desempeñaría una función primordial para rescatarlos y poner a Fraser entre rejas, junto con cualquier otra persona que formara parte de ese plan atroz.

3

Finn caminó hacia la casa del sospechoso, manteniéndose furtivamente entre las sombras y evitando las luces de la calle. A diferencia de la mayoría de las casas, que apenas tenían arbustos o eran endebles con pocas hojas, este lugar estaba rodeado de gruesos árboles y setos de hoja perenne. ¿Los árboles y arbustos estaban simplemente abandonados, o era parte del diseño de la fortaleza? Podría ser una estrategia de los delincuentes para ocultarse, pero los forasteros, como ella, estaban igual de escondidos que los de adentro. Era una calle de doble sentido, y ella lo aprovechaba a su favor.

Por suerte, la casa no tenía valla; ninguna de las casas de la zona la tenía. ¿Tendría el edificio un sistema de alarma? Poco probable. Fraser no querría a nadie dentro de su casa que no formara parte de su operación de tráfico. Nada de lo que había leído en su expediente indicaba que pudiera instalar uno él mismo.

Asomándose entre los árboles, Finn se tomó unos segundos para escuchar y observar. No había ningún sonido, ningún movimiento. La zona estaba tan silenciosa como un cementerio. Ni siquiera perros guardianes, ya que habrían ladrado ante su cercanía.

Finn caminó a través de la nieve, su aliento salió en forma de vapor. Exhaló, se ajustó la mochila y, con sus manos enguantadas, se abrió paso a través del muro de vegetación que rodeaba la propiedad. Las ramas tiraban de sus guantes y su abrigo, pero el ala de su gorra le protegía la cara de cualquier rasguño. La vegetación era muy oscura. Gracias a su aguda visión nocturna y a una farola lejana, pudo ver el contorno del edificio.

La casa tenía décadas de antigüedad y necesitaba ser reparada. Sin duda, no era el hogar de Fraser, sino un refugio temporal donde escondía a los niños. ¿Podría haber alguien más allí dentro? Acarició su pistola. Podía defenderse a sí misma y a los niños si era necesario.

Las ventanas delanteras estaban a oscuras. Con el corazón

martilleando, Finn inhaló profundamente. Ya no había vuelta atrás. A decir verdad, no imaginó llegar tan lejos, a pesar de que esperaba hacerlo. Ahora que estaba allí, tendría que terminar el trabajo, si es que podía.

Fuera del refugio de los árboles, se encontró a pocos metros de la pared de la casa, bien oculta por las sombras. Lentamente, con cautela, rezando para que la nieve siguiera cayendo y ocultara las huellas que dejaba a su paso, se dirigió a la casa. Había cuatro ventanas, sin contar las de la fachada. Como no podía arriesgarse a encender una linterna, miró a través de cada ventana, maldiciéndose por no haber traído unas gafas de visión nocturna. La primera habitación estaba a oscuras y, por lo que pudo ver, parecía ser la cocina. Se quedó sin aliento cuando vio la luz parpadeante de un viejo televisor en la habitación contigua. Se agachó para cubrirse y escuchó durante varios minutos antes de arriesgarse a echar otro vistazo. La luz del televisor mostraba a Fraser, completamente vestido, tumbado en la cama, dormido. Finn lo observó durante varios minutos, aliviada al ver que no movía ni un músculo.

Se dirigió a la siguiente ventana, pero el interior estaba tan oscuro que no podía ver nada. ¿Estaban los niños durmiendo, con frío y hambre en aquella oscuridad? Apretó la mandíbula con tanta fuerza que le dolía.

Siguió adelante hasta llegar a la última ventana. Esperaba más oscuridad, pero se sorprendió al ver a los tres niños dentro. Los chicos, profundamente dormidos, estaban acurrucados en un colchón en el suelo. Finn jadeó, sorprendida por su suerte. Maddie estaba despierta, escribiendo algo en un pequeño cuaderno, sentada frente al radiador eléctrico, que emitía calor además de luz.

Sintió una ola de gratitud. Al menos por el momento, los niños tenían calor. ¡Qué idea más descabellada! ¿Era así como se sentían los niños? ¿Agradecidos por la más pequeña de las comodidades? Algo que la mayoría de la gente daba por sentado era un lujo para ellos. ¿Por qué iban a huir al frío cuando tenían calefacción? Psicología, clase 1.

Finn se mordió el labio, mientras pensaba en cómo llamar la atención de Maddie. Temía que la niña gritara si la veía, ese era un gran riesgo. Todavía reflexionaba sobre la cuestión cuando, al levantar la vista, se encontró con la niña mirándola fijamente.

Finn se llevó un dedo a los labios, sus ojos le pedían a la niña que se mantuviera en silencio. Entre ellas se produjo un entendimiento más allá de las palabras, una conexión tan extraña y poderosa que estremeció a Finn. Le hizo una señal a la pequeña, indicándole que se acercara a la ventana. Si la maldita cosa no se abría, todo habría sido en vano.

Maddie se levantó y cruzó la habitación. Finn le indicó que levantara el cristal. Con cuidado, echando miradas preocupadas a los niños dormidos, subió el cristal.

—Hasta aquí llega —susurró la niña, arrodillándose para que su boca estuviera cerca de la abertura.

Finn metió la mano y acarició la mejilla de la niña suavemente, con un movimiento tan ligero y cauteloso como el de una mariposa.

—Es suficiente —murmuró—. No tengas miedo, Maddie. Soy yo, Finn. Te acuerdas de mí, ¿verdad?

Maddie asintió sin decir nada, sus ojos redondos e inquisitivos escudriñaban el rostro de Finn.

—Te he traído algo —Finn extendió la mano y sacó su mochila, la abrió para extraer el termo y los sándwiches—. Esto es para ti. Puso el termo de lado. Apenas cabía por la abertura. Bébelo mientras esté caliente. Asegúrate de beberlo despacio, para que no te enfermes, ¿está bien?

Maddie giró la tapa del termo. El olor que desprendía la deliciosa sopa debió llegar hasta su nariz, porque la bebió directamente del recipiente, sin molestarse en verterla en la taza.

Por mucho que Finn quisiera tomarla en sus brazos y llevársela, era imposible. Tenía trabajo que hacer.

—Maddie, ¿dónde está tu familia?

La niña se encogió de hombros, bajando el termo de sus labios.

—No lo sé. En casa, supongo.

—¿De dónde eres? ¿Cómo has llegado hasta aquí? —Finn se obligó a ir más despacio para no abrumar a la niña. Una pregunta a la vez era la mejor manera de obtener respuestas.

—¿Tienes familia, Maddie?

La niña asintió, todavía sorbiendo la sopa.

—Bien. ¿De dónde son tú y tu familia?

—De Essex.

Finn asintió. Inglés estuario, no un acento cockney. El sonido era tan parecido que a menudo se confundían. Había visto el nombre del pueblo británico en una lista de las zonas más pobres del Reino Unido. El pueblo costero, que en sus días había sido un popular destino de vacaciones, estaba ahora plagado de desempleados, drogas y una floreciente delincuencia. Sintió una rabia inmensa. ¿Serían los padres de Maddie unos adictos al crack que habían vendido a su hija por drogas? Ya sabría la verdad a su debido tiempo, pero por ahora necesitaba más respuestas.

—¿Cómo llegaste a Irlanda?

Los ojos de la niña estaban tristes. De repente, su mirada parecía la de alguien diez veces más vieja.

—Me dijeron que no puedo contarlo.

—Puedes decírmelo, Maddie. Soy tu amiga y quiero ayudarte. Quiero asegurarme de que tengas una buena vida, una buena casa, ropa bonita y todo lo que quieras. Pero para poder ayudarte, necesito saber la verdad. ¿Entiendes? Puedes confiar en mí.

Maddie mantuvo las manos alrededor del termo caliente, mirando fijamente a Finn. Asintió lentamente.

—Fue en julio. Lo recuerdo porque era la mañana de mi cumpleaños, el siete de julio. El tío Seamus vino a visitarnos, y mi padre dijo que tenía que ir con él y hacer todo lo que me dijera.

Finn sintió un vuelco en el estómago.

—¿El tío Seamus? ¿Es tu tío?

Maddie se encogió de hombros.

—Mi padre lo dijo, pero nunca lo había visto antes de ese día.

Dijo que nos llevaríamos muy bien. Me dio un cuaderno, unos lápices, galletas y limonada para beber. Me subí a su coche y me dio mucho calor y sueño. No recuerdo nada más, pero cuando me desperté, era de noche. El tío Seamus me llevó al interior de una habitación oscura y fría. Dan y George estaban allí —señaló a los chicos que dormían detrás de ella—. Al otro día vinimos aquí.

Así que la había drogado para lo que habría sido al menos un viaje de ocho horas.

—¿Recuerdas algo de ese lugar? —preguntó Finn.

Maddie se mordió el labio, con el ceño fruncido mientras se obligaba a recordar.

—Era una habitación grande con paredes de piedra, y hacía frío. Tuvimos que bajar un montón de escaleras para llegar allí. Había botellas por todas partes, botellas de vidrio apiladas en filas. El tío Seamus nos dijo que era nuestra noche de suerte. Nos dijo que no tocáramos nada, pero Dan tenía sed. Cuando nos quedamos solos, abrió una botella y bebió de ella, y le sentó mal. A la mañana siguiente, el tío Seamus le pegó mucho… —su voz se detuvo ante un pequeño hipo, y rápidamente se limpió los ojos—. No está permitido llorar. Si lo hacemos es un infierno. Toma —cerró el termo y lo devolvió a través de la apertura de la ventana —. Gracias, pero tienes que irte ahora. Si me encuentra hablando contigo, nos matará, a todos, incluida tú. Siempre dice eso, y es malo. Le creo…

Finn tomó el termo de los dedos temblorosos de Maddie, agarrando su pequeña mano con la suya.

—No permitiré que eso ocurra, te lo prometo, Maddie. Toma esto —Finn desenvolvió los sándwiches y los pasó por debajo de la ventana, uno por uno—. Cuando me vaya, despierta a los chicos y dales un sándwich a cada uno. Hazlos jurar que no dirán nada si es necesario, pero no dejes que tu tío Seamus se entere de la comida… o de mí. Tengan un poco más de paciencia. Vendré y te llevaré lejos de aquí.

—¿A dónde me llevarás? Los ojos de la niña eran enormes en su desesperación.

—A un lugar mejor, un lugar seguro donde nadie te hará daño ni te obligará a hacer nada que no quieras.

Maddie no parecía convencida, pero asintió automáticamente. Estaba entrenada para aceptar cualquier cosa. Finn rezaba para que pedir limosna fuera la única cosa que se le hubiera exigido hacer durante los últimos seis meses. Maddie era una chica tan hermosa que solo sería cuestión de tiempo que el tío Seamus encontrara otros usos para ella.

—Por encima de mi cadáver —pensó.

Finn metió el termo en su mochila y cerró la cremallera.

—No digas ni una palabra sobre mí a nadie. Es muy importante.

Maddie sacudió la cabeza con fuerza.

—No lo haré, lo prometo.

—Cuando te saque de aquí tendrás que contarle a los demás lo que te sucedió. Solo la verdad, eso es todo lo que tendrás que decir, pero puede que tengas que hacerlo más de una vez y delante de mucha gente. Lo que este hombre les está haciendo a ti, a Dan y a George está mal. Hay que detenerlo y castigarlo para que no pueda hacer esto a nadie más. ¿Lo entiendes?

Maddie se mordió el labio. Asintió lentamente.

Finn exhaló un suspiro de alivio.

—Bien. Eso es bueno. Eres una chica muy inteligente. Te sacaré de aquí. No sé cuándo, pero estaré en contacto.

Apretó la mano de la chica. La sensación de esos pequeños dedos en la suya le rompió el corazón.

Con paso firme, se dio la vuelta para marcharse.

—Espera, Finn.

Maddie fue a donde había estado sentada, arrancó una página de su cuaderno y la dobló con cuidado.

—¿Podrías enviar esto por correo? —le entregó el papel a Finn.

Desconcertada, Finn lo tomó.

—Por supuesto. ¿Qué es?

—Mi carta a Papá Noel.

De vuelta en el coche, con las manos temblando de tal manera que apenas podía controlar sus movimientos, Finn arrancó el motor. Mientras el calor se extendía por el interior del vehículo, se acomodó, con el corazón latiendo con fuerza y el cuerpo temblando de alivio. Inhaló. Su respiración era temblorosa. En ese instante recordó que tenía la carta de Maddie. Encendió la luz de lectura del mapa, desdobló el trozo de papel cubierto de una escritura redonda y cuidadosa. Como probablemente era lo más parecido a Papá Noel que tenía Maddie en ese momento, supuso que tenía derecho a leer la carta.

Querido Papá Noel,

Te escribo todos los años, pero hasta ahora nunca has respondido a ninguna de mis cartas. Dan y George dicen que no eres real. Yo creo que sí lo eres. Debes serlo porque todo el mundo cree en ti.

Todos los años te he pedido que mi madre y mi padre dejen de pelearse, de beber y de insultarse. Quería que me quisieran. Quería que fuéramos una familia normal. Ahora me doy cuenta de que hay cosas que ni siquiera tú puedes arreglar. Tal vez por eso no respondiste a mis cartas, porque algunos deseos simplemente no pueden hacerse realidad. O tal vez soy una niña mala porque no extraño a mi mamá y a mi papá para nada. Desde que el tío Seamus me llevó, no los he extrañado ni una sola vez. Por muy mala que sea la vida con el tío Seamus, no quiero volver a los gritos y a la bebida.

Este año he decidido pedirte algo más. Por favor, dame una nueva familia, una madre y un padre que se quieran y me quieran. Por favor, dame una familia como la que aparece en mi anuncio favorito, en la que la madre prepara el desayuno para el padre y la hija todas las mañanas, y luego el padre les da un beso en la mejilla antes de irse a trabajar. Su nevera está siempre llena de cosas lindas, y su casa parece cálida y con mucha luz. La niña de ese anuncio parece un ángel. Quizá algún día yo sea un ángel y pueda tener una familia así.

Espero que recibas esta carta, aunque esté muy lejos del Polo Norte.

No me importaría vivir allí si tuviera una mamá y un papá como en el anuncio.

Con cariño,

Maddie

Las lágrimas caían en cascada por las mejillas de Finn al terminar de leer la carta. Tenía el pecho tan apretado que dolía, pero era incapaz de emitir un solo sonido. Como había hecho tantas veces en los últimos meses, se acarició el vientre, el lugar donde, durante ocho semanas mágicas, su bebé había dormido y crecido.

Cuando se enteró de que estaba embarazada, le aterrorizó la reacción de Bryan. Nunca habían hablado sobre tener una familia o casarse. Estaban centrados en sus carreras. Un hijo no estaba en la agenda de ninguno de los dos. Sorprendentemente, él se había entusiasmado con la inesperada noticia. Entonces hablaron de una boda de cuento de hadas, de comprar una casa e incluso habían discutido los nombres para el bebé. Bryan esperaba un niño, mientras que ella deseaba secretamente una niña.

Un día se sintió mal en el trabajo. Ese día regresó a casa pensando que solo era una indigestión, se puso el pijama y se metió en la cama para echar una siesta. Los gritos de Bryan la despertaron. Había un pequeño charco de sangre caliente debajo de ella. Así de fácil, su bebé había desaparecido.

El médico explicó que los abortos espontáneos en el primer trimestre eran habituales y aseguró que podría volver a quedar embarazada en cualquier momento. Nada de eso les importaba. Tanto ella como Bryan estaban destrozados. Ninguno de los dos era bueno comunicándose, así que en lugar de unirse en su dolor, se distanciaron. Todavía se amaban, pero ya no hablaban del futuro, del matrimonio, de los bebés o de comprar una casa.

Finn sacó un pañuelo de su bolso, se limpió las lágrimas y se sonó la nariz. Sus problemas personales no tenían nada que ver con el trabajo que tenía entre manos. Sin embargo, había algo en esa niña que le llegaba al corazón. ¿Podría ser algún tipo de dolor remanente por haber sufrido un aborto espontáneo en el mismo mes en que Maddie había sido entregada a un traficante por su propio padre? Vendida como un trozo de carne. Finn apretó los puños, sus uñas se clavaron en las palmas de sus manos. Ahora mismo, si ponía un dedo sobre ese bastardo, lo

mataría. No. Esa sería la salida fácil para él. Podía hacerlo mejor.

La misión de esta noche había sido un gran éxito, pero toda la emoción la había agotado. Exhaló para calmarse, miró la mochila en el asiento del pasajero. El termo vacío llevaba ahora las huellas dactilares y el ADN de Maddie. Las huellas confirmarían la presencia de la niña en la casa de Fraser, lo que serviría como prueba en su juicio. Y lo que es más importante, el ADN ayudaría a identificar a los padres de la niña.

Finn esbozó una fina sonrisa. La policía del Reino Unido había recogido el ADN de casi todos los que habían sido detenidos en la última década, incluso por delitos menores. Las muestras se guardaban en una enorme base de datos. Si alguno de los padres de Maddie había sido detenido —y teniendo en cuenta la forma en que se habían deshecho de su hija, era una gran posibilidad—, su ADN estaría registrado y la policía podría identificarlos.

Su sonrisa de satisfacción se desvaneció. Tendría que confesar lo que había hecho lo antes posible. Y eso podría no salir bien. ¿Y si la amonestaban? Peor aún, ¿y si el jefe la suspendía? ¿La sacaba del caso? ¿Qué pasaría con sus promesas a Maddie?

Se enderezó y miró al exterior en la oscuridad. Eso no podía ocurrir. No lo permitiría. El jefe era un hombre racional. Una vez que ella le expusiera su caso, entraría en razón y le agradecería la valiosa información que había obtenido. Tragó en seco, al menos esperaba que lo viera como ella.

Con los párpados caídos, Finn miró el reloj. Casi las dos de la madrugada. Justo cuando alargó la mano para poner el coche en marcha, su teléfono vibró.

Era un mensaje de Bryan.

—¿Estás bien?

Sonriendo, se limpió las lágrimas que caían por sus mejillas. La quería. Solo esperaba que su amor fuera suficiente para ayudarlos a sanar y seguir adelante.

—Sí. Ya estoy regresando. A dormir.

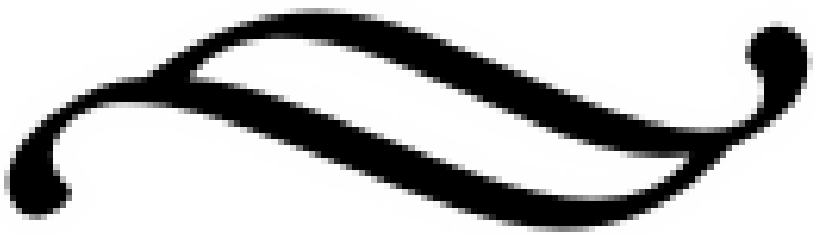
Condujo hasta su casa, abrió la puerta y fue al baño a cambiarse. El apartamento estaba oscuro, pero Bryan había dejado una lámpara encendida.

Se duchó, se lavó los dientes, se puso el pijama, se metió en la cama y apagó la luz.

—¿Estás bien? —le preguntó de nuevo, con voz somnolienta, extendiendo la mano para estrecharla entre sus brazos.

—Más que bien. Todo salió perfecto esta noche. Te lo contaré luego. Ahora, vamos a dormir un poco —susurró ella, besándolo tiernamente.

Acurrucados, Finn dedicó su útlimo pensamiento a Maddie. Tenía la seguridad de que pronto tendría una cama cálida y cómoda para dormir, con sábanas suaves y un bonito edredón rosado, en el que se acurrucaría con sus muñecas y peluches favoritos, tal y como Finn solía hacer cuando era una niña.



La mañana llegó demasiado rápido. Como siempre, Bryan se levantó antes que la alarma sonara. Preparó café y le trajo a Finn una taza, despertándola por segunda vez. Después de darle las gracias, ella bebió la infusión caliente, consciente de que ese día, más que nunca, necesitaba estar afilada como una cuchilla.

Todavía no había terminado de vestirse cuando Bryan se despidió de ella con un beso y se fue. En su mente, seguía evaluando todos los posibles resultados. Su comportamiento de la noche anterior

podía hacer o deshacer su carrera.

El café burbujeaba en su estómago mientras se dirigía a la sede de la Garda en Phoenix Park. Había dejado de nevar y las calles estaban despejadas gracias a las máquinas quitanieves.

En cuanto llegó a la comisaría, se dirigió a la Oficina Técnica de Investigación, la unidad de investigadores de la escena del crimen de la Garda, compuesta por especialistas en huellas dactilares, técnicos forenses y quienes recogían pruebas en las escenas del crimen y las procesaban.

Nóirín Dempsey era una de las investigadoras más experimentadas en la escena del crimen, y Finn se sintió aliviada al ver que estaba trabajando en el laboratorio.

—Hola, Nóirín. ¿Estás libre? Tengo algo que necesito procesar lo antes posible.

Nóirín levantó los ojos de las pruebas de plástico que estudiaba. Las gafas de aumento descansaban sobre su cabeza, enterradas en la masa de rizos rubios. Nadie adivinaría que tenía más de cincuenta años, probablemente por su piel impecable y sus mejillas sonrosadas.

—No tengo nada urgente. ¿Qué pasa?

Finn le entregó la bolsa con el termo.

—Necesito que se tomen las huellas dactilares y se analice el ADN. Podría ser una prueba en un caso de tráfico de niños.

Nóirín enarcó las cejas, cogió la bolsa y la colocó en la mesa blanca a su lado.

—¿De dónde sacaste esto?

—De una vigilancia de anoche. Compré el termo ayer y lo lavé bien, así que las únicas huellas dactilares en él deberían ser las mías y las de la víctima. Ella bebió sopa de él, así que también debería poder recuperarse una muestra de ADN. La chica es británica y, por lo que sé, su padre la entregó al traficante. Espero que puedas rastrearlo a través de su ADN y de la base de datos del Reino Unido. ¿Crees que puedes ayudar?

—Haré lo que pueda —Nóirín se puso un par de guantes de látex

antes de abrir la bolsa—. Necesitaré unos días.

Esperaba esa respuesta, pero los hombros de Finn se desplomaron de igual manera.

—¿Tanto tiempo? ¿No puedes hacerlo más rápido?

Nóirín suspiró, mirando fijamente a Finn.

—No depende de mí, ¿sabes? Los métodos de prueba más rápidos que tenemos ahora pueden tardar entre veinticuatro y setenta y dos horas. Te prometo que te avisaré en cuanto tenga algo.

—Gracias, Nóirín. Eres la mejor.

Al salir, Finn enderezó su postura. Había pedido una reunión para el informe de situación en la Sala de Incidentes a las nueve. Era el momento de dar la cara.

5

—¿Q ué hiciste? —gritó el Inspector Jefe Simon McLean.

Su fría mirada congeló a Finn como un ciervo frente a los faros de un automóvil.

—Señor, le aseguro que tomé todas las precauciones necesarias.

—¡Mierda! No tenías refuerzos. Nadie sabía dónde estabas. Podrías haberte matado a ti y a esos niños. ¿Consideraste eso?

Finn sintió que la situación se le iba de las manos.

—Estaba armada. Nunca me arriesgaría…

—¡Pero lo hiciste, McGregor! Corriste el riesgo de arruinar nuestra tapadera, de destruir nuestro caso, por no hablar de las pruebas. ¿Te das cuenta de lo que habría pasado si ese vagabundo te hubiera descubierto?

—Lo sé, señor, y por eso me aseguré de que no lo hiciera. Fui entrenada. Sé cómo hacer mi trabajo.

—En este momento, lo dudo mucho. Tu trabajo es seguir órdenes.

—Sí, y lo hago —Finn se puso de pie, recta y estoica. Tenía una oportunidad de ganar esta discusión—. Mi trabajo es también tomar decisiones que ayuden a salvar a una víctima. Gracias a mis acciones, ahora sabemos dónde tienen a los niños. Eso por sí solo contribuirá en gran medida a la construcción de nuestro caso. Además, Nóirín tiene el ADN y las huellas dactilares de Maddie. Finalmente, tenemos alguna idea de cómo llegó a Irlanda. Su propio padre la entregó a Fraser. Eso debería ayudar a demostrar que sus padres son incapaces —apretó los puños y respiró tranquilamente—. Las piezas del rompecabezas empiezan a encajar. Hay algo más. Hasta hace unos meses, Fraser trabajaba en un bar. Maddie dijo que ella y los dos chicos fueron llevados a una oscura y fría sala subterránea llena de botellas. A mí me parece que pudo haber sido el almacén de un bar. Maddie dijo que Fraser comentó que esa era su noche de suerte. Puede que no

significa nada, pero el bar donde trabajaba se llamaba The Lucky Pug. Tenemos que echar un vistazo más de cerca al ex jefe de Fraser. Y, por fin, Maddie está dispuesta a testificar.

—¿Puedes garantizar eso?

—Sí, puedo —Finn rezó para que no pudiera ver más allá de su bravuconería—. Estoy segura de que puedo conseguir que lo haga.

McLean se pasó una mano por la boca, sin dejar de mirarla. Finn no movió un músculo. Ninguno de los otros oficiales de la sala hizo ruido. Todos observaron al jefe, tratando de pasar lo más desapercibidos posible. No tenían que preocuparse. Finn era el único objetivo. Se mantuvo firme, devolviendo la mirada al Inspector Jefe.

Finalmente, McLean relajó su postura.

—¿Cuándo tendremos los resultados del ADN?

Finn pudo haberse desmayado de alivio. No la iban a despedir, al menos no ahora. Probablemente tampoco recibiría ningún elogio, pero no estaba allí por los elogios.

—Nóirín dijo que podría tardar unos días, pero espero que lo consiga antes.

El jefe levantó el dedo índice y la señaló.

—Mantenme informado, y no te atrevas a hacer algo tan estúpido nunca más, McGregor. No hagas que me arrepienta de haberte elegido para trabajar en este caso.

—No lo haré, señor.

—Ya veremos.

Con eso, salió de la Sala de Incidentes. Los suspiros de alivio llenaron la zona, y varios detectives asintieron alentando a Finn.

El detective inspector John O'Sullivan ,uno de los mejores investigadores de la Garda y el detective superior a cargo, se acercó a ella y le dio un ligero choque de puños.

—Buen trabajo —le dijo—. Pero no rompas las reglas demasiadas veces. Tienes buenos instintos y te han funcionado, pero la

próxima vez puede que no tengas tanta suerte.

Finn le devolvió la sonrisa, añadiendo un poco de orgullo a la suya.

—No fue solo suerte.

—Nunca dije que lo fuera, Finola. Sé que es tu iniciativa, pero ¿te gustaría que te acompañe a entrevistar al dueño del bar?

Finn estaba a punto de negarse, pero cambió de opinión. Por mucho que odiara admitirlo, dos agentes de policía, uno de ellos un hombre de cuarenta y tantos años con una complexión similar a la de un tanque, causaría una mayor impresión que una joven policía sola.

—Se lo agradecería —dijo, y luego frunció el ceño—. ¿Y si alerta a Fraser y éste desaparece con los niños?

—Todavía tenemos los ojos en los niños. Enviaré un par de gardaí para seguir a Fraser y otro equipo para vigilar la casa. Si hace un movimiento, lo traeremos para interrogarlo. No lo olvides. Tenemos su número de matrícula, así que no puede ir muy lejos. De cualquier forma, caerá pronto.

—De acuerdo. Arréglalo todo y luego nos vamos.

—Vamos a ir en una panda —John utilizó el término de la vieja escuela para un coche marcado, que en estos días tenía una franja amarilla y azul en el lateral—. Envía una señal más fuerte —le guiñó un ojo.

Media hora más tarde, tuvieron la confirmación de que un equipo de la Garda seguía a Fraser, y otro tenía la casa bajo vigilancia.

Mientras John manejaba en dirección al bar en el que Fraser había trabajado en el pasado, Finn comprobó los antecedentes del dueño del bar, leyendo la información en voz alta.

—Se llama Cathal Maguire. Tiene cincuenta y dos años, es viudo y tiene dos hijos que viven en el extranjero, uno en el Reino Unido y otro en Polonia. El bar es un negocio familiar heredado de su padre, y lo lleva desde los veintisiete años. Hace varios años, fue multado porque el local no tenía una escalera de incendios adecuada. Aparte de eso, no hay nada en sus

antecedentes penales.

—Hmm... Polonia es uno de los principales países desde donde se trafica con mujeres y niños. ¿Podrían los hijos de Maguire estar involucrados en esto también?

—Vale la pena comprobarlo. Déjame hacer una búsqueda sobre ellos.

Según la investigación de Finn, Liam, el hijo que vivía en el Reino Unido, tenía veintisiete años y trabajaba como taxista, mientras que Paul, en Polonia, tenía treinta años y era conductor de camiones internacionales.

Finn le dio a John un resumen de sus conclusiones, y luego frunció el ceño.

—¿Qué opinas? ¿Es una coincidencia que ambos trabajen en el transporte?

—Un buen policía no cree en las coincidencias.

—Estoy de acuerdo. Tendremos que hacer un seguimiento de esto.

Una vez que llegaron al bar, John aparcó frente a él, subiendo el carro ligeramente sobre la acera. Trucos como éste solían poner nervioso al sospechoso. Parecía que llegaban con prisa, listos para hacer un arresto.

Entraron hombro con hombro en el bar. Estaba sorprendentemente lleno de gente. Gente que tomaba su café matutino o quizás simplemente salían del frío y ahora tomaban un bocadillo caliente.

Uno al lado del otro, se dirigieron a la barra, donde un joven con la cara roja servía las tazas de café.

John mostró su placa.

—Hola. Detectives O'Sullivan y McGregor. Necesitamos ver a Cathal Maguire.

Los ojos del joven se agrandaron y lanzó una mirada ansiosa entre ellos.

—¿Hay algún problema, señor?

—¿Trabaja usted aquí? —John preguntó.

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—Danny Byrne.

—Entonces, Danny Byrne, ¿tu jefe está por aquí? Tenemos que hablar con él —dijo John.

Finn no pudo evitar admirar su tono serio y formal. Junto con sus ojos grises glaciales, podría intimidar a cualquiera.

—Él… está en la parte de atrás —tartamudeó el joven—. Iré a buscarlo.

Abandonando el café y las órdenes de espera, se precipitó por la puerta marcada con un cartel de Solo trabajadores.

Finn miró a su alrededor mientras esperaba. El Lucky Pug era un establecimiento familiar decorado al estilo rústico irlandés, con grandes mesas de madera y cómodas sillas. Su estómago rugió ante el aroma de los huevos fritos, las salchichas y los tomates frescos. De repente recordó que se había saltado el desayuno. Estaba hambrienta, pero no era el momento de pensar en comida.

La puerta se abrió y Cathal Maguire entró. A pesar de su sonrisa afable y su comportamiento amistoso, Finn pudo ver la ansiedad en sus ojos azules.

Según su experiencia, más de una persona tenía algo que ocultar o un motivo para temer a la policía. Intentó no sacar conclusiones precipitadas. Quedaba por ver por qué Maguire era tan aprensivo.

—Buenos días, detectives —dijo Maguire—. Danny me dice que necesitan hablar conmigo. ¿Pueden venir aquí, a un sitio más tranquilo?

Danny volvió a la barra, lanzándoles miradas cautelosas. Finn y John siguieron a Maguire a la parte de atrás, sabían que prefería no hablar con los guardias delante de sus clientes y empleados. Atravesaron la cocina, donde un par de mujeres con delantal preparaban una comida de delicioso olor. Maguire los condujo a su pequeño despacho, amueblado de forma sencilla con un

escritorio, unas cuantas sillas y un archivador en una esquina.

—Por favor, tomen asiento, detectives —Maguire acomodó dos sillas de plástico frente a su escritorio, y luego se sentó en su silla de cuero detrás de él, una transparente jugada de poder de su parte—. Ahora, ¿qué puedo hacer por ustedes?

John y Finn se sentaron. Habían acordado que John realizaría la entrevista y que ella hablaría cuando llegara el momento.

John los presentó una vez más por si el joven camarero no había mencionado sus nombres.

—Tenemos algunas preguntas para usted en relación con uno de sus antiguos empleados, Seamus Fraser —dijo John.

El sudor se acumuló en la frente de Maguire, aumentando su brillo. Tenía la tez clara, el pelo rojo rizado y las mejillas sonrojadas, lo que le hacía parecer más joven de lo que realmente era, pero sus ojos de zorro le delataban. No era un inocente, y la mención del nombre de Fraser lo puso muy nervioso. Sabía algo.

—¿Eh? ¿Está el viejo Seamus en algún tipo de problema? —Maguire sonrió, pero era más un rictus que una sonrisa.

—Nosotros hacemos las preguntas, señor Maguire —dijo John, con tono agradable pero firme—. ¿Tenemos entendido que trabajaba aquí?

—Sí, lo hizo, durante unos cinco años. Dejó el trabajo el verano pasado.

—¿Por qué lo dejó?

—No sabría decirlo. Manteníamos una simple relación de empleador y empleado. No hablábamos mucho más allá de eso.

—¿De verdad? Trabajar codo con codo durante cinco años suele acercar a la gente —reflexionó John—. ¿Sabes su paradero actual?

Maguire levantó sus carnosos hombros.

—No tengo ni idea.

—¿Entonces no sabes nada de los niños que ha secuestrado y

obligado a mendigar para él? —Finn se inclinó hacia delante.

Maguire retrocedió, con una expresión de sorpresa. Probablemente lo estaba, no porque no supiera nada de los niños, sino porque no había esperado que la policía rastreara todo esto hasta él.

Tragó saliva audiblemente.

—Yo... no entiendo lo que quiere decir.

—Es bastante sencillo, señor Maguire —dijo John, tomando la iniciativa una vez más—. En términos policiales, se llama tráfico de personas o esclavitud moderna. Seamus Fraser ha secuestrado a varios niños y ahora, bajo coacción, los obliga a mendigar en las calles. Se queda con el dinero que ganan. ¿No sabes nada de esto?

—¡Claro que no! No puedo creer que Seamus hiciera algo así. Quiero decir, no era un santo, pero un... ¿un traficante de personas? —Maguire se estremeció visiblemente cuando la magnitud de las palabras lo golpeó.

Los criminales nunca se referían a sí mismos como tales. Escuchar los términos legales para estas actividades fue una llamada de atención.

—Me temo que es cierto —dijo sin rodeos—. Y no lo hace solo. Tiene al menos un cómplice. Sospechamos que hay más. ¿Tiene un sótano, Sr. Maguire?

—¿Qué? El sudor continuaba resbalando por sus sienes, aunque la habitación estaba fría.

—Un sótano, o un almacén subterráneo si lo prefiere. Hablamos con algunos de los niños y pudieron describir el espacio en el que se encontraban cuando Fraser los introdujo de contrabando en Irlanda. Lo reconocerían de nuevo si lo vieran.

Negó con la boca sin hacer ruido, como si necesitara desesperadamente aire. Parecía como si al dueño del bar se la acabara la suerte.

—¿Creen que yo... estoy involucrado de alguna manera en este asunto?

—Es nuestro trabajo averiguarlo. Y lo haremos. Si no tienes nada que ocultar, no tienes ninguna razón para no mostrarnos el sótano, ¿verdad? —Finn presionó.

—No puedes irrumpir en mi negocio y acusarme de algo así —dijo Maguire, pareciendo recuperarse un poco—. ¿Tienes alguna razón sólida para sospechar de mí?

—Uno de los niños te vio. El niño puede identificarte —dijo Finn.

6

Finn no tenía ni idea de dónde había salido aquel farol. No había planeado utilizarlo, pero dio gracias a Dios por los excelentes nervios de John. Ni siquiera se inmutó ante su mentira obvia. Maguire, en cambio, había palidecido y parecía estar a punto de desmayarse. Lo tenían.

No había tiempo para preocuparse de si su método era cien por ciento ético. Había vidas humanas en juego. Lo único que importaba era la justicia para los inocentes y el castigo para los culpables.

—¡No sé de qué estás hablando! Ella miente —tartamudeó Maguire, con la cara cada vez más roja.

—Nunca dije que fuera una niña —comentó Finn con calma.

Ella percibió la aprobación —y se atrevería a decir la admiración — de John, que se mantenía sentado tranquilamente a su lado.

Maguire se quedó boquiabierto, con los ojos desorbitados y las manos juntas en el regazo. Todo su encanto infantil había desaparecido. Era poco más que una rata gorda en una trampa.

Finn le concedió varios segundos de silencio para que el terror lo dominara.

—Le diré algo, señor Maguire. Si habla con nosotros ahora y nos cuenta todo lo que sabe, le daremos puntos por cooperación. Se da cuenta de que le conviene contárnoslo todo, ¿verdad?

Maguire se frotó las manos en la cara, con los hombros caídos. Finn sabía que lo tenían. Solo era cuestión de manejarlo con delicadeza.

—Nunca quise formar parte de esto —dijo, bajando las manos—. Tengo mis propios hijos, pero Seamus prometió que esos niños tendrían una vida mejor aquí que viviendo en agujeros de mierda en algunos países del tercer mundo. La mayoría de los niños que acaban en este negocio son vendidos por sus propios padres. Eso

es lo poco que significan para sus familias. ¿Puede ser peor que eso? Probablemente tenían que hacer lo mismo en su país, pero no podían ganar dinero en esos pueblos sin salida en los que vivían y eran constantemente golpeados. Nosotros les dimos la oportunidad de una vida mejor.

Finn sentía la rabia arder en su interior, Maguire realmente creía lo que estaba diciendo. O se había convencido a sí mismo, o Fraser lo había convencido de que en realidad le estaban haciendo un favor a esos niños.

—¿Quién más está involucrado en esto? —preguntó John, intuyendo obviamente que necesitaba un minuto para recomponerse—. ¿De cuántos niños se ocupan ahora mismo?

—Solo esos tres, dos chicos y una chica. Seamus planea… traer más.

—¿Así que estás diciendo que solo tú y Seamus Fraser están involucrados en esta operación? —John miró con desprecio al hombre.

—Fraser maneja la operación. Todo lo que hice fue dejar que los niños se quedaran aquí la noche que los trajo al país. Eso es todo lo que he hecho, lo juro.

—¿Conseguiste algo del dinero? —con la sangre todavía hirviendo, Finn se obligó a mantener la calma. Era la única manera de sacarle la verdad a ese monstruo.

La cara de Maguire se puso más roja.

—Seamus me dio algo de dinero aquella vez.

—Ya veo —dijo Finn—. ¿Qué sabes de los niños? ¿De dónde vienen?

—La niña es de Gran Bretaña. Su padre se la vendió a Seamus por dos mil libras. Los chicos son gitanos de Rumanía. No sé cómo o dónde Seamus los consiguió. Todo lo que dijo fue que sus familias no los extrañarían.

—¿Cómo trajo a los niños a Irlanda? —preguntó John.

Maguire estaba a punto de encogerse de hombros de nuevo, así que Finn intervino.

—¿Están sus hijos involucrados en esta operación, señor Ma…?

—¡No! —gritó él, incluso antes de que terminara su pregunta.

Su respuesta fue demasiado rápida, demasiado vehemente. Él mismo se había dado cuenta.

—No —dijo de nuevo, más despacio esta vez—. Mis hijos no tienen nada que ver con todo esto.

—Los dos trabajan en el transporte, uno de ellos a nivel internacional. ¿Quieres que creamos que es solo una coincidencia?

—Estoy diciendo que no saben nada de esto.

—Veremos lo que tienen que decir —dijo John, poniéndose de pie—. Mientras tanto, está detenido. Será trasladado a la comisaría de la Garda para ser interrogado por tráfico de menores. No está obligado a decir nada a menos que lo desee, pero todo lo que diga se anotará por escrito y podrá utilizarse como prueba. Tiene derecho a consultar a un abogado y a notificar a otra persona que está detenido.

Todo color desapareció de la cara de Maguire, dejándolo blanco como la nieve. John extendió la mano para agarrar su brazo. El hombre no opuso resistencia. Finn se mantuvo cerca de su otro costado, preparada por si era necesario. Tras comprobar que no llevaba armas, le dejaron coger su abrigo y lo acompañaron al coche de policía.

Finn se sentó en la parte trasera con él mientras John conducía hacia la estación. Utilizando su radio, dio la orden de detener a Fraser y llevarlo a la comisaría. Además, ordenó a los policías que vigilaban a los niños que los llevaran a la Garda y se pusieran en contacto con Tusla, la Agencia de la Infancia y la Familia. Los niños tendrían que ingresar en el sistema de asistencia social hasta que se pudiera localizar a sus familiares.

Finn no estaba segura del protocolo, pero esperaba que los niños no fueran devueltos a familias que los habían tratado tan cruelmente. Haría todo lo posible para que ese no fuera el destino de Maddie. Por el amor de Dios, su padre la había vendido. Eso por sí solo debería anular cualquier derecho de paternidad. ¿La colocarían en un hogar de acogida aquí? ¿O la enviarían de vuelta a Reino Unido?

Al pensar en la carta de Maddie a Papá Noel, Finn tuvo que luchar contra las lágrimas. Era poco probable que Maddie tuviera la familia que soñaba en un hogar de acogida. Aunque algunos padres adoptivos podían ser muy amables, muchos no eran las familias de calidad comercial que la niña ansiaba. Finn había prometido a Maddie que se aseguraría de que tuviera un buen hogar, buena comida y cosas bonitas. Le había prometido que estaría bien cuidada. Pero, ¿podría asegurarse de que Maddie acabara con una familia cariñosa? Y esos pobres niños, ¿qué posibilidades tenían? Los niños gitanos eran discriminados en todo el mundo solo por sus genes y su origen. A nadie le importaba que fueran simplemente niños inocentes.

Una idea loca floreció en su mente. ¿Y si se convertía en la madre adoptiva de Maddie? Una vez terminado el juicio, podría adoptarla. ¿Maddie la querría como su nueva madre?

Dios, ¡eso era una locura! Finn se mordió el labio, mientras miraba los árboles nevados a través de la ventanilla. ¿Qué sabía ella de la maternidad? Además, no estaba en condiciones de ofrecer a Maddie la familia de sus sueños. No tenía ni idea de cómo reaccionaría Bryan a su sugerencia de adoptar a la niña. Puede que lo aceptara, o puede que saliera corriendo. Ya no estaba segura de nada.

Cuando llegaron a la estación, John aparcó cerca de la entrada. Se bajó del coche. Finn se salió también, esperando mientras Maguire sacaba su bulto del vehículo. No había dicho ni una palabra durante el trayecto. Mejor así. Era mejor que se guardara todo lo que tenía que decir para el interrogatorio formal. Finn sabía que tenía que hacer de poli bueno y lo odiaba, pero estaba lista para ser amable con ese imbécil.

Una vez en la sala de entrevistas, Finn se ofreció a llevarle un té. Cuando volvió, John estaba sentado frente a Maguire y había empezado a grabar la sesión.

—Para que conste, ¿has renunciado a tu derecho a tener un abogado presente en este momento?

—Sí —dijo Maguire. Su postura era tenue. Debía de estar empezando a asimilarlo todo.

Finn colocó el té frente a él y le dedicó una leve sonrisa.

Maguire no la devolvió. Miró fijamente a John.

—No quiero que mis hijos se involucren en este enredo. No diré ni una palabra más hasta que me prometa eso.

La mandíbula de John estaba tensa y rígida.

—Señor Maguire, usted está involucrado en una operación de tráfico de personas. Si sus hijos ayudaron de alguna manera, encontrando, transportando o coaccionando a esos niños para que hicieran algo en contra de su voluntad, ya están involucrados. No está en mi mano protegerlos de la ley.

—Ellos no han hecho nada. No están involucrados en nada de esto, lo juro.

Finn estaba seguro de que estaba mintiendo y pensaba que John sentía lo mismo. John no estaba obligado a prometer nada. La Garda avisaría a las autoridades de Reino Unido y de Polonia, y los hijos de Maguire serían entrevistados allí. Por ahora, todo lo que tenían que hacer era mantener al hombre hablando sin hacer ninguna promesa.

—¿Cómo te involucraste entonces? —preguntó John.

Maguire empezó a responder, pero Finn se distrajo porque un garda entró en la habitación y le hizo una señal. Se puso de pie, y se dirigió a la salida de la habitación, con el estómago apretado.

—¿Qué pasa?

—Acabo de recibir un mensaje de la Garda a cargo de Fraser. Lo han perdido. Los vió cuando se preparaban para detenerlo. Se escapó.

Finn apretó los labios para controlar su ira.

—¿Y los niños?

—Están a salvo, los tres. Vienen hacia aquí.

Exhaló un suspiro de alivio. Salvar a los niños era su prioridad. Tarde o temprano, atraparían a Fraser, y los guardias descuidados que lo habían perdido se llevarían un regaño del infierno. John y el Inspector Jefe se encargarían de ello.

7

De regreso al cuarto de interrogatorios, Finn se tragó sus preocupaciones y dejó que John se ocupara del cuestionario. Le ordenó al gardaí que la había notificado que pusiera una alerta. Cada oficial tenía una foto de Fraser, su número de placa, y estaba pendiente del hijo de puta. Él podía tener la ventaja, pero no iba a ganar la carrera.

Ella escuchaba cómo el interrogatorio de John se comía lentamente al dueño del bar. No lo distraería aún con las noticias sobre Fraser. Estaba haciendo un trabajo increíble con Maguire, y el hombre se iba resquebrajando como un cascarón de huevo.

En menos de una hora, John lo había quebrado. Tenían toda la información que necesitaban. Fin estaba abatida y asqueada. ¿Cómo alguien podía pensar que estaba bien traficar con vidas humanas como si fueran sacos de granos o trozos de carne?

Según Maguire, Fraser había armado todo el plan. Una vez que hubieron discutido los detalles, él había renunciado a su trabajo en el bar, asegurándose de que nadie hiciera una conexión entre ellos. Habían comenzado por reclutar a los niños. Queriendo empezar con bajo perfil, Fraser había viajado a Rumanía y había regresado con los dos niños. El dueño del bar aseguraba que no sabía cómo Fraser los había traído hasta Irlanda. Cuando el hombre viajó a Gran Bretaña para traer a la niña, él había permitido que los niños se quedaran en su bodega por unos días. Aparentemente, Fraser había sellado el trato con el padre de Maggie de forma online.

El estómago de Finn se agitó. Ella había visto cosas realmente terribles en su trabajo, pero esto iba incluso más lejos. Cada vez era más difícil para ella mantenerse calmada y con la mente fría.

Cuando el interrogatorio terminó, Maguire pidió contactar a Danny, su cantinero, para indicarle que se ocupara del bar hasta que él pudiera hacer algunos arreglos. Finn pensó que era sospechoso que no hubiese querido hablar con ninguno de sus hijos. ¿Por qué? Ellos serían interrogados y ella sabría la verdad a s debido tiempo.

En cuanto los oficiales acompañaron a Maguire a una celda, Finn informó a John sobre el escape de Fraser, luego escuchó su retahíla de maldiciones altamente ingeniosas.

—Te entiendo —dijo cuando finalmente se detuvo el flujo de palabras—. Y estoy tan molesta como tú, pero tenemos a toda la Garda buscándolo. No irá demasiado lejos.

—Esperemos que no. Parece ser un criminal nocivo, pero eso no significa que no tenga una identidad falsa en estos momentos y un cirujano esperando para cambiar su rostro.

Finn rió.

—Ves demasiada ciencia-ficción. Fraser podrá ser un criminal, pero no es uno demasiado brillante, gracias a Dios —exhaló fuertemente—. Estoy esperando noticias de los niños.

En unos segundos un oficial anunció que habían llegado y estaban en la sala de conferencias. Finn, con el corazón en la boca, se apresuró a acompañarlos, con John a su lado.

Los niños permanecían sentados tranquilamente, lanzándose miradas temerosas entre sí y alrededor de la habitación. Dos trabajadoras sociales, ambas mujeres en sus treinta, conversaban en voz baja con los niños haciendo un esfuerzo por calmarlos.

Una vez que las presentaciones estuvieron hechas, Dionne explicó que los dos niños varones hablaban muy poco inglés. John mandó a buscar a un intérprete rumano, y asintiendo a Finn, abandonó la habitación.

Ella se arrodilló delante de Maddie, sonriendo.

—Hola, pequeña. ¿Cómo estás? —ella acarició el pelo de la niña.

Maddie le devolvió media sonrisa.

—Eres una policía.

—Así es. La policía trabajó realmente duro para rescatarte a ti, a Dan y a George.

Los niños estaban envueltos en sábanas y les habían ofrecido té caliente. Finn extendió su mano hasta uno de los niños, pero este se estremeció.

—No pasa nada —susurró, luchando contra las lágrimas—. Estás a salvo ahora.

¿Cuántas horribles palizas habían recibido? Tenían arañazos y contusiones, algunas viejas, otras bastante frescas. Cuando no le traían suficiente dinero, sin duda Fraser los castigaba. Por ser una niña, lo más probable es que Maddie diera más lástima y por lo tanto hiciera más dinero.

Tristemente, la gente desconfiaba de los niños gitanos, asociándolos a rumores y crímenes de los que eran culpables los adultos. Si bien esto cierto en algunos casos, no es una regla que pueda sr generalizada rápida e insensiblemente. El crimen no favorece a ninguna raza en particular, pero los prejuicios existen desde el inicio de los tiempos, sobre todo para algunos grupos que se han visto más fuertemente afectados que otros.

¿Qué les ocurriría a esos pobres niños? Necesitaban ser puestos en adopción, pero también necesitarían asesoramiento, al igual que Maddie. ¿Las trabajadoras sociales tendrían su misma opinión?

En cuanto a la niña… Finn apretó su mano. Para su satisfacción, Maddie le devolvió el gesto, luego se bajó de su silla y se coló entre sus brazos. Finn la abrazó con fuerza, apretando los ojos para evitar que brotaran las lágrimas. No quería dejarla ir nunca. Suspiró deseando poder abrazarlos a los tres, tomarlos en sus brazos y llevarlos a casa para cuidar de ellos. Nada de eso era posible, por el momento.

—Gracias —susurró Maddie en su oído.

—No necesitas agradecerme, cariño. Estaba haciendo mi trabajo. Ahora tú tienes que hacer el tuyo —Finn la miró a los ojos—. Tienes que contarle la verdad a todos. Seamus Fraser debe ser castigado por lo que hizo con ustedes.

Maddie asintió con seriedad.

—Lo haré, pero prométeme que no dejarás que nos haga daño de nuevo.

—Lo prometo.

—¿Dónde vamos a dormir ahora? ¿Nos llevarás a casa contigo?

La pregunta de la niña era natural, pero rompió el corazón de Finn. Miró a los ojos azules de Maddie, incapaz de emitir un sonido.

Una de las trabajadoras sociales, Michelle, intervino y tocó el hombro de Maddie para llamar su atención.

—Maddie, ustedes tres vendrán con Dionne y conmigo. Los llevaremos a un lugar seguro donde podamos revisar si todo está bien, y pronto tendrán una nueva familia.

—La niña miró a Michelle, luego a Finn.

—Entonces, ¿no puedes llevarme contigo? ¿Le enviaste mi carta a Santa?

Sabiendo lo que la niña había deseado, Finn apenas pudo contener sus lágrimas. Asintió, tragando algunas de ellas.

—Sí la envié, Maddie, pero este es un tiempo muy ocupado del año, así que quizás demore un poco en llegar. Dionne y Michelle se ocuparán muy bien de ustedes tres. Tengo que irme ahora, pero iré a verte tan pronto como pueda.

Maddie asintió y bajó la mirada, resignada a su nueva suerte. Ella obedecería, pues la había entrenado para eso.

—Okey. Gracias por salvarnos.

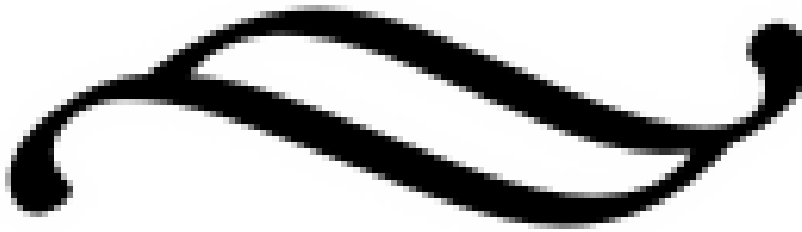
Finn acarició su mejilla con suavidad y se puso de pie. Alguien de Inmigración había llegado, y como ninguno de los niños era ciudadano irlandés, había un motón de papeleo que hacer. Los dejó que hicieran su trabajo y salió, buscando su teléfono en el bolsillo. Luego llamó a Bryan.

—Necesito hablar contigo —dijo en cuanto escuchó su voz—. ¿Podemos encontrarnos para almorzar?

—Claro. ¿Está todo bien? —la preocupación pesaba en su voz.

—No, bueno, no sé. Encontrémonos y hablemos. Yo estoy bien, no te preocupes. ¿Te veo en media hora? —nombró el bar en el que comían una vez al mes.

—Okey, te veo allí.



Finn condujo con los ojos borrosos por las lágrimas. ¿Podría ella realmente convertirse en una madre adoptiva? ¿Cómo debería decírselo a Bryan? ¿Qué pasaría si él decía que empacaría sus cosas y se iría porque no podía manejar toda esa responsabilidad? Cuando Finn esperaba un bebé él había estado encantado, pero algunas personas rechazaban instantáneamente a los hijos de alguien más. ¿Sería el corazón de Bryan lo suficientemente grande para amar a Maddie? No podía echar sus esperanzas a volar hasta que no lo escuchara directamente de él. ¿Cómo podía ella elegir entre el hombre que amaba y una pequeña sin nadie que la ayudara y que contaba con ella?

En el bar ya Bryan la esperaba, sentado en un compartimiento que les daba un poco de privacidad. Sonrió agradecida cuando notó que él había ordenado su plato favorito: patatas y tocino con una capa de queso derretido. El aroma del ajo y del perejil fresco hizo que se le hiciera agua la boca. Si tan solo Maddie estuviera aquí…

—Hey —Bryan se puso de pie y la besó— ¿Qué pasa?

Ella se quitó su abrigo y su bufanda y los colgó en un gancho cercano.

—Tengo que hablar contigo

—Sigues diciendo eso, y solo eso. Estoy preocupado de muerte, Finn. ¿Qué ocurre?

Ella se sentó frente a él y miró a sus sinceros ojos azules. De pronto, notó que Maddie se le parecía, tenían el mismo pelo, el color oro pálido, y en los ojos la sombra de un lago en la montaña.

Respirando profundamente, comenzó a hablar. Le contó a Bryan sobre el caso, los niños y sobre su misión auto designada, de la forma más breve que pudo. Luego buscó en el bolsillo de sus jeans y extrajo la carta de Maddie.

—Ella me dio esto aquella noche. Es una carta para Santa. Léela.

Mientras Bryan leía, Finn comía, mirándolo intensamente. Apenas podía saborear la comida, la necesidad de observar sus reacciones lo dominaba todo. Su corazón se entibió cuando vio sus ojos suavizarse, incluso deslizarse un poco por la emoción, sus labios se apretaron de pena por la niña cuya inocencia debía estar hecha pedazos, pero no lo estaba.

Cuando terminó de leer, sostuvo la carta por un instante, luego la dobló nuevamente con cuidado.

—Pobre niña —su voz era baja, pero amarga—. Creo en nuestro sistema, pero sé que las posibilidades de encontrar ese tipo de familia adoptiva son escasas, menos del diez porciento.

—Nosotros somos ese diez porciento.

Bryan miró hacia arriba, atónito.

—¿Qué?

—Leí un libro llamado El Diez Porciento —explicó Finn—. Es sobre policías que sirven y protegen. Incluso siendo un abogado, creo que estás en el diez porciento de tu clase, eres uno de los pocos que realmente ayuda a sus clientes en lugar de enfocarse en sacarles dinero.

Él sonrió apenado.

—Eso no nos hará ricos pronto.

—A mí no me importa que no seamos ricos, Bryan. Quiero que

seamos felices. Eso es lo único que me importa realmente —ella humedeció sus labios y dio el salto—. Quiero que nos convirtamos en los padres adoptivos de Maddie.

8

Con la boca abierta y mirando a Finn, Bryan dejó caer su tenedor.

—¿Qué?

—Quiero ser la mamá de acogida de Maddie —repitió Finn—. Y cuando me lo permitan, quiero adoptarla.

Bryan presionó el puño contra su boca, y sus cejas estaban arqueadas con incredulidad.

—Finn, no puedes decirlo en serio. No sabes nada sobre esta niña. No sabes nada sobre niños y punto.

—Voy a aprender. Ella es una niña dulce e inteligente que ha sido abusada de formas en las que ni siquiera puedo pensar.

—Exacto. Necesita cuidados especiales, terapia, personas especializadas en ayudar a niños como ella.

—Sí, estoy de acuerdo. Ella necesita todo eso, pero sobre todo necesita una familia amorosa. Tú leíste su carta. No está perdida aún. Con amor y paciencia, puedo ayudarla a que sane y se convierta en una pequeña normal.

—¿Estás segura sobre eso? Hasta ahora todo lo que sabes sobre su trasfondo genético es que proviene de una familia de degenerados alcohólicos y drogadictos que la vendieron por dos mil escasas libras. ¿Cómo sabes en el tipo que se convertirá o lo que hay dentro de ella?

—No toques ese punto Bryan —dijo con delicadeza—. Tú de todas las personas no deberías juzgar a las personas por quiénes son sus padres.

Bryan sostuvo su mirada por un momento, luego cambió la vista. Estaba nevando otra vez, y las gotas condensadas corrían por la ventana, señal de que el tiempo se había vuelto aún más frío.

Ese fue un golpe bajo, Finn —dijo en voz baja.

Ella extendió su mano y tomó la suya, avergonzada de tener que traer a colación a sus padres para probar un punto. Su padre era un borracho; su madre hubiera abierto las piernas a cualquiera que le ofreciera un paquete de cigarros. Finn no podía imaginar lo que era vivir con semejante familia. Bryan había cortado todo contacto con ellos desde hacía años.

—Lo siento. Contra todo pronóstico, tú cambiaste tu condición, saliste del pueblo de mierda en el que creciste e hiciste de ti mismo una persona. ¡Dios mío! Siempre que te miro me maravilla la persona que eres, tu amabilidad, tu optimismo, tu generosidad. Tu belleza, maldita sea —añadió, disfrutando de su ligero rubor—. ¿De dónde salió todo eso? No fue de los genes de tus queridos padres, eso es seguro.

Él le ofreció una sonrisa torcida.

—Tú deberías tomar el crédito por todo eso.

Finn le devolvió la sonrisa.

—Voy a tomar crédito por una parte de eso, no por todo. Ya eras así cuando nos conocimos, es por todo eso que me enamoré de ti. Eres la mejor persona que conozco, y por eso espero que aceptes y apoyes mi decisión. Quiero que te quedes con Maddie y conmigo. Por lo menos es lo que espero —humedeció sus labios —. Pero entenderé perfectamente si no puedes aceptar esta situación.

Bryan la miró a los ojos por un largo momento, luego apretó sus manos entre las suyas.

—¿Qué tipo de hombre sería si las abandono a ti y a Maddie?

El corazón de Finn golpeó dolorosamente en su pecho.

—No hagas nada por tu sentido del deber. Si vas a hacer esto, hazlo con el corazón abierto, y quiero que sepas que puedes irte cuando quieras. Maddie será mi responsabilidad.

—No. Ella será nuestra responsabilidad —dijo Bryan con su mandíbula tensa—. Nuestra hija.

Aquellas palabras sonaban extrañas, pero tan dulces que sacaron lágrimas de los ojos de Finn. Dios, ¿por qué estaba tan sensible estos días?

—Finn… —Bryan frotó la parte trasera de su cuello—. Tú estás… haciendo esto… ¿Quieres que Maddie reemplace al bebé que perdimos? —sus ojos estaban cargados de emoción y húmedos de lágrimas sin remover.

—Dios, no —tragó temblorosa, con la desesperación alojada en su garganta—. Nunca nadie podrá reemplazar a nuestro bebé. Es imposible. Siempre lo recordaré a él o a ella… nuestro pequeño ángel, pero tengo mucho amor para dar, Bryan. Puedo amar a más de un hijo.

Él rió suavemente.

—Es bueno saberlo. Phil estaba diciendo el otro día que desde que tuvieron a su primer bebé, su esposa ni siquiera lo mira —dijo, refiriéndose a uno de sus amigos.

Finn rió.

—Eso nunca nos pasará a nosotros, y lo sabes. Maddie puede ser nuestra niña arcoíris. Ese es el nombre que se le da a los niños que llegan después de un embarazo perdido.

—Lo sé —dijo, para su sorpresa—. Leí sobre eso después de… que perdiéramos al nuestro. ¿Crees que… quiero decir, querrás tener más hijos?

El pecho de Finn se contrajo de amor, emoción y un optimismo creciente por el futuro.

—Sí, claro que sí. Me encantaría tener una familia grande.

—A mí también. Sin embargo, sería mejor si nos casamos. Sería vergonzoso para ti ser una madre soltera con todos esos hijos, ¿no crees?

Finn comenzó a reír con las lágrimas rodando por sus mejillas.

—La última vez que me propusiste matrimonio te arrodillaste frente a nuestra chimenea falta y dijiste que me adorarías por siempre. Te vuelves menos romántico con cada proposición.

Bryan también reía.

—Sí, no importa cuánto lo planifique, siempre termina siendo espontáneo. Pero no tenía un anillo esa noche.

Estiró la mano para alcanzar su abrigo, buscó en el bolsillo y sacó una pequeña caja negra.

El corazón de Finn se detuvo por un momento. Ella lo miró, confundida. Sus ojos se exaltaron cuando el abrió la caja, revelando un anillo de compromiso hermoso, encajado en blanco y suave satín. Él se lo ofreció.

—He estado llevándolo a todas partes desde hace algunos meses, esperando por el momento perfecto. Al parecer no existe tal momento, así que… ¿Te casarías conmigo, Finola McGregor? —su voz era baja y ronca.

Ella miró el anillo y luego a sus ojos. Considerando la forma en que su día había comenzado, esto era una dramática vuelta en U. Suceden cosas maravillosas cuando menos lo esperas.

—Sí —susurró roncamente.

Bryan deslizó el anillo por su dedo.

El tamaño era perfecto, y tenía un diseño simple y discreto: una banda plana de oro blanco con un diamante de corte cuadrado. Él la conocía perfectamente. Sabía todo sobre ella. ¿Por qué diablos no se habían casado aún? Pertenecían el uno al otro, y ella nunca lo había tenido tan claro.

Se paró y se cambió al asiento contiguo al suyo, acurrucándose junto a él.

—Te amo tanto.

—También te amo.

—Lo sé. De verdad que lo sé.

Estuvieron sentados así por un rato, encerrados en un abrazo cálido y tierno. Finalmente ella alzó la cabeza de su hombro y se enjugó los ojos.

—Deberíamos terminar de comer. Tenemos que regresar al trabajo.

Ella volvió a su asiento y agarró su tenedor. Una cosa era actuar como una tonta cuando estaban solos y otra hacerlo en público, pero ella no se arrepentía ni por un segundo de aquel momento.

Sus manos temblaban de emoción, dejando caer un enorme trozo de patata empapada en queso sobre su camisa blanca.

—¡Mierda!

Bryan comenzó a reírse.

—Yo preocupado porque los bebés dejan comida por todas partes, y tú haces lo mismo. Tendrás que parar en casa un momento y cambiarte.

—Eso haré —murmuró Finn. Intentaba limpiar la mancha, pero solo lograba expandirla—. Demonios.

—Necesitarás lavar esa boca una vez que tengamos un niño en casa, jovencita. ¿Cuándo podré conocer a Maddie?

—No lo sé. Quizás esta noche.

Finn miró su reloj. No sabía si las trabajadoras sociales ya se habían llevado a los niños de la Garda, pero no podía hacer nada al respecto hasta que fuera a casa a cambiarse. Entrar de pronto, con aquella enorme mancha en su camisa mientras pedía ser una madre adoptiva, era ligeramente incoherente. Necesitaba una mejor estrategia. Mirándolo por el lado bueno, podría jugar todas sus cartas con el fin de lograr su propósito, y sabía que Bryan ayudaría también. Aunque el proceso de convertirse en padres de acogida podía durar meses, ella esperaba que pudieran conseguirlo antes. A diferencia de los niños gitanos, quienes necesitarían cuidados especializados, Maddie parecía adaptarse bien y, en sus propias palabras, estaba lista y ansiosa por una nueva familia. Finn le mostraría su carta a Santa a las trabajadoras sociales tan pronto como fuera posible.

Ella y Bryan terminaron su almuerzo y se fueron en direcciones opuestas. Bryan regresó a su trabajo, y Finn fue a casa para cambiarse, prometiendo que lo mantendría al tanto de Maddie.

Mientras conducía el limpiaparabrisas barría los obstinados copos de nieve. Este era un invierno intenso. Luego de aparcar en su lugar habitual, murmuró sobre la distancia que tendría que recorrer a pie. Mientras subía las escaleras se preguntaba si había alguna nueva noticia sobre Fraser pero descartó el pensamiento. Si las hubiera, alguien le habría avisado.

Abrió la puerta del apartamento y entró. Las huellas de nieve

fresca marcaban la alfombra, mientras el hedor del sudor envenenaba el aire. Se giró cuando la puerta se cerró de golpe. Seamus Fraser estaba de pie allí, mirándola fijamente.

—Hola, perra. Ya era hora de que nos conociéramos oficialmente, ¿eh?

La pistola en su mano brillaba mientras la empuñaba con fuerza y se acercaba cada vez más.

Finn retrocedió, su mano buscó instintivamente su arma, pero Fraser sacudió la cabeza.

—Estarás muerta antes de tocarla —susurró—. Te volaré el cerebro si te mueves o haces un maldito sonido.

—¿Cómo llegaste aquí? ¿Cómo supiste quién era?

—En cuanto supo que Cathal había sido atrapado, Danny llamó a sus muchachos y Paul me llamó a mí. Danny describió a los guardias que se llevaron a Cathal. Me fijé en ti el otro día cuando le compraste comida a esa maldita mocosa. No eres muy discreta, ¿eh? No con ese pelo rojo, aunque lo escondas debajo de un sombrero. Pensé que podrías ser un problema, pero nunca se me ocurrió que fueras policía.

La mente de Finn trabajaba a toda velocidad. Mantenlo hablando y encuentra una forma de desarmarlo. No era un hombre grande, pero sí traía una enorme pistola. Necesitaba ser inteligente en esta situación.

—Así que los hijos de Maguire están involucrados en el tráfico, ¿no es así?

Fraser sonrió.

—Me viene bien tener socios que trabajen en la transportación, especialmente cuando tienes mercancía frágil que trasladar.

Finn sintió que su rostro ardía.

—¿Mercancía? ¿Así es como ves a esos niños? ¿Como productos para ser comprados y vendidos? ¿Adquiridos y transportados?

Fraser hizo un gesto con el arma.

—Ustedes las mujeres siempre son tan dramáticas. ¿Crees que estaban mejor en sus casas, donde ni siquiera sus padres sabían dónde estaban? ¿O lo que estaban haciendo? Aquí ellos tienen un propósito, y yo los vigilo todo el tiempo. Ellos estaban bien,

tenían suficiente comida, calor y un techo sobre sus cabezas. ¿Qué más necesitan?

—Lo que no necesitan son las palizas que les llueven gracias a ti.

—La Biblia dice: Aquel que escatima su vara odia a su hijo: Pero el que lo ama lo castiga a tiempo. Yo solo seguía las palabras del libro de Dios.

—Y lo interpretaste a tu favor. Esos niños se merecen una oportunidad para tener la vida que ellos quieren.

Fraser soltó una carcajada.

—¿Siendo tan pobres que no tienen un caldero donde orinar? ¡Despierta, mujer! Cristo, puede que seas policía, pero eres tan ingenua como el conejo de esa estúpida película —sus ojos se estrecharon—. Official Hope, usted ha arruinado mi bien concebida operación.

Le tomó un momento darse cuenta de que sus bromas hacían referencia a Zootopia, una película animada muy popular en la que una coneja policía estaba convencida de que podía convertir el mundo en un mejor lugar. Hasta allí la ficción.

Si la situación no fuera tan desastrosa, Finn hubiera reído, pero aquello no era ni remotamente gracioso. ¿Tendría alguna vez la oportunidad de ver esa película con Maddie? Era un poco irónico morir cumpliendo con su deber cuando ella y Bryan finalmente habían trazado su futuro, uno con Maddie a su lado.

No podía morir ahora. Necesitaba tener a Fraser hablando, intentar que bajara la guardia para poder desarmarlo y agarrar su propia pistola.

—Oficial Hope, eso es ingenioso —dijo, relajando su postura y esperando que él hiciera lo mismo—. Entonces, ¿cómo descubriste dónde vivía?

—Tengo mis contactos.

Finn arqueó una ceja.

—Ya veo. Parece que tenemos más policías corruptos en la Garda de lo que pensaba.

—No tienes idea. Todo el mundo tiene un precio.

Ella se encogió.

—Entonces, ¿qué quieres de mí?

Pregunta incorrecta. Fraser la miró y apuntó hacia ella una vez más.

—Quiero que pagues. Pude haber hecho una fortuna con esos niños si no fuera por ti, escoria ruidosa.

Finn alzó sus manos, tratando de calmarlo.

—Yo simplemente era parte del equipo. Por mucho que me gustaría, no puedo tomar el crédito por develar tus operaciones. Docenas de detectives trabajaron en este caso, pero te diré algo. Si juegas bien tus cartas, quizás tengas una oportunidad de llegar a un acuerdo con nosotros. Si me matas, te estarías condenando al infierno. Un asesino de policías es juego limpio para cualquier servidor de la ley. Cada policía de esta ciudad, de este país, de este continente te cazará como a un perro. Te garantizo que no tendrás un juicio justo, por supuesto, eso es si logras tener un juicio. Solo Dios sabe qué accidentes podrían ocurrirte durante tu captura. Quizás termines rogándoles que te maten antes de que terminen contigo.

Sus palabras lo alcanzaron. Estaba cansado, hambriento y asustado. Añadiendo, además, el considerable peso de la Glock que sostenía en sus manos. Finn podía ver un número de oportunidades abriéndose ante ella. El momento de actuar se acercaba aceleradamente. Tomaría solo un movimiento, una pulsación involuntaria de su dedo sobre el gatillo, y ella sería historia, pero si se las arreglaba para patear el arma lejos de su mano y agacharse para recoger su propia pistola, quizás tuviera una oportunidad.

Esto era jodidamente difícil, a diferencia de en las películas cuando intervenían los dobles de acción, pero ella había practicado la técnica en la Academia de la Garda. Este era uno de esos casos en los que te preparaban para eventos que, con suerte, no ocurrirían nunca. Ella había dominado el movimiento en la escuela pero, ¿sería capaz de reproducirlo ahora? Fraser no era un maniquí inanimado, y su arma disparaba balas reales. Sin embargo, si no lo intentaba estaba muerta de todas formas.

—Antes mencionaste algo interesante —intentó relajarlo lo suficiente como para que aflojara su agarre en el gatillo—. Dijiste que todos tenían un precio. Creo que tienes razón —gesticuló un poco para distraerlo—. Como seguramente notaste, no gano mucho como policía. Quizás tú y yo podamos hacer un trato. Puedo pretender que nunca te he visto y tú puedes irte simplemente. Los dos permanecemos vivos y felices.

Fraser se burló.

—¿Realmente esperas que me trague eso?

—¿Por qué no? Si no mantengo mi palabra, tú sabes quién soy y dónde vivo. Puedes matarme en cualquier momento si no mantengo mi parte del trato.

Parecía que estaba pensándolo. La boca de la pistola bajó otra pulgada. Finn notó que estaba conteniendo el aliento y forzándose a sí misma a mantener su respiración bajo control.

—¿Cuánto quieres? —preguntó Fraser.

Finn frunció el ceño como si estuviera pensándolo.

—No sé. Es la primera vez que hago esto —sonrió intentando parecer inocente y astuta a la vez. Dios, ¿esos trucos realmente funcionaban en la gente?

Parecía que sí. Fraser le devolvió la sonrisa. Finn esperaba oler el azufre y ver el brillo siniestro de los colmillos.

—No he hecho mucho dinero con los mocosos —dijo Fraser, apartando un poco más el arma—. Estaba empezando el negocio.

—¿De dónde sacaste la idea? —preguntó Finn rápidamente, alejándolo del pensamiento de que ella había arruinado su operación.

—En realidad no fue mi idea. Se le ocurrió a Paul.

—¿El hijo de Maguire que vive en Polonia? ¿El chofer de camiones?

—Sí. Él viaja mucho y ve cosas, ¿sabes? Dijo que trajéramos unas chicas y las chuleáramos, pero su padre dijo que era muy peligroso, que era mejor empezar con niños, porque son fáciles

de controlar.

Finn no podía creer lo que escuchaba. La manera en la que hablaba de las vidas humanas era despreciable. Este hombre y sus secuaces no pertenecían a la cárcel. Esta gente nunca se rehabilitaría. Tenía que existir un nuevo nivel en el infierno para animales como ellos.

Súbitamente el teléfono de Fraser sonó, distrayéndolo por un momento. Decidiendo que esa era su mejor oportunidad, Finn rezó rápidamente y se lanzó a por todo. En un fluido movimiento, pateó la pistola, se tiró al suelo, levantó su arma y disparó. Solo tuvo un segundo antes de que él pudiera apuntar otra vez, pero sabía que lo había alcanzado, así como su bala la alcanzó a ella.

10

Más tarde esa noche, Finn se sentó tranquilamente en su camilla. Estaba sorprendida por lo fría que había estado su mente, lo tranquila que había permanecido, incluso cuando sabía que podría estar tomando su último aliento. Se las había arreglado para llamar a Emergencias y había esperado a que llegaran la policía y una ambulancia. Fraser había permanecido inconsciente, sangrando sobre el suelo, y ella yacía allí en agonía, sumergida en una piscina de su propia sangre, intentando no desmayarse de dolor.

Sonrió al escuchar la respiración de Bryan. Él estaba dormido en una silla cerca de la cama, exhausto después pasar por del tipo de día del que estaban hechas las pesadillas. Finn recordaba cada minuto hasta el momento en que los médicos le habían suministrado anestesia para realizar la cirugía. Más tarde le habían dicho que habían extraído la bala de su hombro izquierdo. Afortunadamente el proyectil no había tocado ninguna arteria importante o nervios, pero había logrado atravesar y romper el húmero. Tenía una larga y dolorosa recuperación por delante.

El disparo de Finn había alcanzado a Fraser en el cuello. Ahora estaba en Cuidados Intensivos luego de haber pasado por una cirugía y los doctores creían que lograría recuperarse. Ella quería inmovilizarlo y desarmarlo, no matarlo. En cualquier caso, no había tenido tiempo de hacer un disparo no letal. Había disparado para salvarse la vida. En realidad no se sentía mal por ello, pero no quería que falleciera. Quería que tuviera una larga vida tras las rejas, pagando por todo lo que había hecho.

El Inspector Jefe, John O'Sullivan, y algunos de sus compañeros habían venido a visitarla hacía unas horas. Ella les había contado todo y recibió la noticia de que los hijos de Maguire ya estaban bajo custodia policial en sus respectivos países. Pronto serían extraditados a Irlanda, acusados y juzgados aquí, junto con su padre y Fraser.

John también le había informado que Nóirín tenía el resultado de la prueba de ADN del termo y había identificado a los padres de

Maddie. Geoffrey y Leslie Braden ya estaban bajo custodia de la policía británica y tenían una investigación pendiente. El proceso sería largo y tedioso, pero era seguro que le revocarían su patria potestad.

Finn le había comentado a su jefe y a John que a ella y a Bryan les gustaría apadrinar y adoptar a la niña. Pasado el desconcierto inicial, su jefe había prometido hacer todo lo que estuviera a su alcance para acelerar el proceso. Ella había entregado la carta de Maddie para que contara como evidencia, sabiendo que quizás fuera un factor de peso frente a un juez, como testimonio de Maddie. El mayor deseo de Finn en ese instante era pasar la Navidad con la pequeña. Siendo realista, sabía que era imposible ponerlo todo en su sitio en menos de un mes. Aun así la Navidad está llena de milagros.

Levantó su brazo derecho y alisó el cabello de Bryan con sus dedos. A pesar de que los analgésicos corrían por sus venas, su brazo izquierdo le ardía.

Bryan alzó su cabeza y abrió sus ojos, alarmado.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Estás bien?

Ella forzó una sonrisa.

—Estoy bien. Todo está bien —acarició su mejilla, esperando que se relajara, deseando que supiera que estaría bien—. Necesitas ir a casa, o mejor, a un hotel —añadió, recordando el baño de sangre en el pasillo. Su apartamento era ahora una escena del crimen, y podría tardar algunos días hasta que alguien pudiera acercarse con un equipo de limpieza. De hecho, ellos deberían mudarse a un apartamento más grande. Nunca sería capaz de llegar a casa y sentirse segura caminando por ese pasillo.

—No voy a dejarte sola —pasó una mano por su rostro. Él parecía deshecho. El agotamiento y la preocupación nublaban sus apuestos rasgos, haciéndolo lucir más viejo que sus treinta y dos años—. ¿Cómo te sientes?

—Bien —mintió—. Como si me hçubieran disparado y no fuera nada serio.

Él trató de sonreír, fallando evidentemente. Sostuvo su mano y la besó, apretando los ojos.

—Finn, me diste un susto de muerte —dijo, levantando su preocupada mirada hacia ella—. ¿Por qué tenías que jugar a ser el héroe? Nada de esto hubiera ocurrido si hubieras seguido las reglas.

Finn estrechó la mirada.

—¿En serio me culpas a mí por que me dispararan?

—Bueno, fuiste tú la que se acercó a Maddie primero, y luego lo asumiste todo por ti misma como si fueras James Bond.

Finn estaba indignada. Apartó su mano de la de él.

—Si no hubiera hecho eso, Maddie y los niños estarían aún allá afuera en el frío, sin oportunidad de tener una vida mejor. Recibí regaños del jefe por no seguir el protocolo, pero nunca esperé recibirlos de ti.

Bryan se quedó sin aliento, y sus hombros se derrumbaron en señal de derrota. Había colocado su chaqueta sobre la espalda de la silla y su camisa blanca estaba arrugada y manchada de sudor.

—Perdóname, Finn. No quería molestarte. Es que… necesito culpar a alguien. Sé que hiciste lo que creías que era lo mejor. Y por supuesto que aceleraste la resolución de este caso. Es que es muy difícil lidiar con el precio de todo eso.

Finn lo miró, irónica. Ella seguía molesta, pero sus palabras no eran muy diferentes de las que había usado su jefe, y ellos tenían un punto.

—Voy a estar bien. No me arrepiento de mis acciones, Bryan. Si hubiéramos esperado por más tiempo quizás hubiera sido demasiado tarde para salvar a esos niños. Pudieron pasarle un millón de cosas. Podrían haber atrapado una neumonía y morir. Podrían haber intentado escapar y Fraser los hubiera matado en el intento. Él podría haberse cansado de los pocos ingresos y optado por ponerlos a trabajar en el negocio del sexo por dinero. ¿Debería seguir?

Bryan negó con la cabeza y sus labios lucían pálidos.

—Preferiría que no lo hicieras. Es tu trabajo y, como siempre he dicho, lo respeto. Es solo que no es fácil ver a tu prometida bañada en sangre, eso es todo.

Presionando sus labios, estaba atrapada entre la risa y las lágrimas. Las drogas la relajaban y de alguna forma la alejaban.

Buscó la mano de Bryan.

—Lo sé, y lo siento. Pero sabes que fue una excepción. Mi trabajo no es tan peligroso realmente. Fue una casualidad.

Humedeció sus agrietados labios, soltó su mano y buscó el vaso de agua que estaba en la mesita de noche. Bryan la ayudó a beber unos cuantos sorbos. El agua fría era un líquido divino para su garganta seca.

—¿Dónde están los niños? —preguntó luego de que Bryan colocara el vaso de vuelta a la mesa.

—Están en un refugio. No los han separado todavía, pero los trabajadores sociales están intentando conseguirles familias de acogida lo antes posible. Deberían comenzar en una terapia también. La policía está intentado localizar a los padres de los niños gitanos. Es probable que los niños nunca regresen a sus hogares, a menos que ellos lo pidan.

—Dios, espero que no regresen y que encuentren buenas familias aquí —suspiró, moviéndose ligeramente hacia la derecha para mirar a Bryan—. Tenemos que aplicar lo antes posible para convertirnos en los padres de acogida de Maddie. El proceso demora meses —miró al suelo limpio, mientras sus ojos se abrían —. No voy a poder cumplir el deseo de Maddie de tener una familia a tiempo para la Navidad. ¿Quién sabe dónde tendrá que pasar las fiestas?

—No te rindas —por primera vez Bryan sonrió—. Sabes que tengo algunos amigos en la ciudad. Haré que tengamos a Maddie con nosotros para Navidad. Lo prometo.

Finn lo miró con recelo.

—Pero, no se puede. Demora meses, entrevistas, evaluaciones…

—Lo sé, y pasaremos por todo eso, solo que lo haremos más rápido y eficientemente. Solo espero que Maddie acepte que seamos sus padres adoptivos.

Finn le devolvió la sonrisa.

—Creo que sí nos aceptará, pero primero necesitamos encontrar un nuevo lugar donde vivir.

Bryan pasó sus dedos por su pelo.

—En realidad he estado ocupándome de eso desde hace algún tiempo, desde que compré el anillo, en caso de que dijeras que sí —añadió avergonzado—. He reducido la búsqueda a un par de opciones, ambas con precios asequibles. En cuanto te recuperes podemos ir a verlas.

El corazón de Finn se desbordó de amor por él.

—Has estado ocupado comprando anillos, mirando casas… ¿Estás seguro de que hay espacio para mí dentro de esos planes y decisiones?

Él la miró directamente a los ojos.

—Cada plan que hago y cada decisión que tomo los hago pensando en ti, Finn. Nunca tomaría una decisión importante sin preguntarte primero. Espero que sepas eso.

—Lo sé, pero es bueno escucharlo. Gracias. No puedo esperar a que comencemos nuestra nueva vida, nosotros tres.

—Yo tampoco. Mañana comenzaré a hacer llamadas y pondré a caminar el asunto. Tenemos que traer a nuestra hija a casa.

11

Tres días más tarde, Finn fue dada de alta —prematuramente, de acuerdo a la opinión del doctor, quien se había cansado de luchar contra su terca paciente. Ella le aseguró que sería muy cuidadosa. Dada de baja por enfermedad y con su brazo izquierdo enyesado durante las siguientes tres semanas, no había mucho que pudiera hacer —lo cual encontraba cada vez más frustrante. Bryan tenía que ayudarla con todo.

Luego de abrochar su cinturón de seguridad, él condujo hasta su apartamento, teniendo conversaciones ligeras por el camino. Se sintió aliviada al notar que no quedaban rastros del incidente en el pasillo, que en lugar de oler a sangre y a cordita, [1] como ella recordaba, desprendía olor a productos de limpieza y esencia de limón. Aun así, estaba impaciente por mudarse y alejarse de los recuerdos, incluso le había pedido a Bryan que arreglara una visita a las casas que él había mencionado.

Con ayuda de Bryan tomó una ducha, luego el secó su pelo y la ayudó a vestirse. Le dolía el hombro y también la mandíbula por tenerla constantemente presionada. La desesperación la abrumaba a veces.

¿Cómo podría encargarse de un niño en esas condiciones? Ciertamente era un problema temporal, pero en ese momento su vida parecía más sombría que nunca.

—Volví a visitar a Maddie esta mañana —dio Bryan, mientras cortaba los huevos y el tocino en pequeñas porciones para ella—. Está ansiosa por verte.

La idea trajo luz a los ojos de Finn. Se aferró con fuerza a la idea de que pronto comenzarían una nueva vida y serían una familia como la del comercial que tanto le gustaba a Maddie.

Como lo había prometido, Bryan había comenzado el proceso para convertirse en los padres adoptivos de Maddie. Lo primero que había hecho era visitar a Maddie, presentarse y preguntarle si le gustaría vivir con él y con Finn. La respuesta de Maddie había sido un sí colosal. Ella no conocía bien a Finn, y menos a

Bryan, pero había sufrido lo suficiente como para reconocer que sus opciones eran limitadas. Finn había sido amable con ella y la había rescatado junto a los demás niños.

Para Maddie, Finn era su ángel guardián, y por lo tanto, también lo era Bryan. No podía ser más feliz que teniéndolos a ambos de padres. Finn quería adoptarla, pero Bryan le había recordado que solo podrían acogerla hasta que sus padres biológicos estuvieran fuera del camino, y eso tomaría algún tiempo.

—Tampoco puedo esperar para verla. ¿Está bien? ¿Necesita algo? —preguntó Finn, agarrando una porción de los huevos. Eran el plato maestro de Bryan.

—Ella está bien —dijo Bryan, alcanzando otra rebanada de pan —. Ella y los niños están siendo bien atendidos. Incluso conversé un rato con ellos, aunque su inglés es deficiente. Maddie les enseñó un poco. Lentamente han comenzado a aceptar que la pesadilla terminó, pero aún son algo desconfiados.

—Es comprensible. Probablemente creían que Fraser los había salvado de una vida horrible, y mira cómo acabó siendo. Quizás tome años hasta que puedan confiar en alguien otra vez.

—Es cierto. Sin embargo, Maddie es diferente. Parece tan abierta, tan… alegre cuando me ve. Se que es porque confía en ti. No se, quizás suene cursi, pero ustedes dos tienen una conexión especial. Ella habla de ti como si te conociera desde hace años, no solo días.

Finn sonrió, contemplando distraída a través de la ventana. No era para nada cursi. Ella se sentía de la misma forma. Era como si Maddie hubiera llegado a su vida en un momento crucial, para ayudarlos a seguir adelante con su vida luego de perder a su bebé.

—Ella es nuestra niña arcoíris —dijo—. Y creo que lo sabe.

—Ella es insólitamente perceptiva —sonrió—. Necesitamos ser cuidadosos, o esa pequeña nos envolverá en su dedo meñique y nos convertirá en sus esclavos. Cuando miro esos ojos azules, no puedo negarle nada.

Ambos rieron. La espera les calentaba la sangre. La promesa de un nuevo comienzo estaba tan cercana que hacía que sus dedos ardieran.

Finn aún tenía hambre, pero apartó su plato, ansiosa por salir de allí.

—¿Nos vamos? No puedo esperar a ver las casas.

Bryan la abrazó y ambos caminaron por la acera hasta el auto. Era un día sombrío, el cielo tenía un color gris lechoso, el aire era frío y crujía —el tipo de día en el que una familia debía acurrucarse frente a una chimenea, ver películas y comer palomitas.

El brazo de Finn dolía más debido al frío. Había tomado otra pastilla para el dolor mientras Bryan no miraba, sabiendo que si sabía sobre el dolor querría posponer la búsqueda de una nueva casa. Nada la distraería de ese propósito.

La primera casa era decepcionante, aunque Finn se esforzó en disimularlo. Era nueva, moderna y demasiado blanca. Los muebles, los electrodomésticos, las mullidas alfombras e incluso el impoluto sofá del salón eran blancos. Sería imposible mantener aquel lugar limpio, especialmente con una niña en la casa, incluso si tenía buen comportamiento como ellos esperaban. Hacer que el lugar permaneciera en esas condiciones consumiría demasiado tiempo, sería una pesadilla que drena la energía de dos padres empleados.

Ella no dijo nada frente a la agente inmobiliaria, pero en cuanto estuvieron solos liberó todos sus comentarios. Tenía que ser honesta con Bryan. Él sonrió, no se había molestado en lo más mínimo.

—Yo pensé lo mismo, por lo que tenemos una segunda opción. No hay muchas casas en el mercado ahora mismo, por que pensé que deberías ver esta también. Pero no esperaba que te gustara.

—¿A ti te gusta? —preguntó ella, aguantando la respiración en caso de que él dijera que sí.

No realmente, pero no soy exigente. Para mi lo importante es que a ti te guste.

La segunda casa estaba situada cerca del centro histórico de la

ciudad, lo que sorprendió a Finn. Los precios de las casas en esas zonas eran exorbitantes.

—Um… solo buscaste propiedades que podamos permitirnos, ¿verdad? —ella bajó del auto.

Bryan rió.

—Sí, me mantuve en el rango.

Finn miró la casa. No era exactamente amor a primera vista. Sin embargo, a medida que se acercaba comenzaba a ver su potencial. El edificio tenía carisma y personalidad propios. Pudo imaginarse a sí misma, a Bryan y a Maddie viviendo allí, mirando a través de las ventanas bordeadas con hiedra. Las finas y gráciles ramas estaban ahora desnudas en invierno; luego, en verano, lucirían impresionantes mientras enmarcaban las bien conservadas persianas de madera. Las paredes eran grises, el techo rojo, los escalones crujían ligeramente. La casa necesitaba un poco de trabajo, pero Finn podía verla tomando forma en su mente.

Apenas escuchó hablar a la agente inmobiliaria mientras se desplazaba de habitación a habitación, admirando los altísimos techos y pensando en el mobiliario correcto. La habitación principal era enorme, mientras que las otras tres habitaciones eran lo suficientemente espaciosas para convertirlos en espacios cómodos para niños. Bryan podría tener una oficina, e incluso podrían poner un gimnasio en el holgado sótano. La casa definitivamente tenía potencial.

Los ojos de Finn se sobresaltaron, y tragó cuando la agente dijo el precio, pero Bryan apenas parpadeó. Cuando él comenzó a enumerar las reparaciones necesarias y la curva descendente en el mercado inmobiliario, Finn supo que conseguirían un buen descuento si hacían una oferta rápida. La agente fue lo suficientemente cortés como para dejarlos solos por unos momentos para discutir el asunto, alegando que ella necesitaba hacer algunas llamadas.

Una vez que la mujer estuvo a buena distancia, Bryan se volvió hacia Finn.

—¿Qué piensas? —preguntó con ojos brillantes.

—La quiero —susurró ella—. Pero no creo que podamos

permitírnosla, incluso con el descuento que nos ofrece. Necesitaremos dinero para los arreglos, los muebles —suspiró, mirando su hogar soñado a través de las telarañas.

Bryan puso su rostro alrededor de sus tibias manos.

—Sí que podemos. Compraremos la casa ahora y lo demás lo haremos con el tiempo. Trabajaré horas extra y tomaré todos los casos estúpidos que se aparezcan en mi camino. Encontraremos una forma de costearnos la casa.

Finn miró sus ojos hermosos y amables. Él haría lo que fuera por ella, como ella haría cualquier cosa por él. ¿Qué tan perfecto era eso?

—Puedo pedirle un préstamo a mis padre para lo muebles —dijo ella, presionando su mano contra la suya—. Es realmente un buen precio para esta zona.

—Lo se. Podemos hacerlo —él le sonrió—. ¿Deberíamos alegrarle el día? —preguntó, apuntando con su barbilla hacia la cocina por la que había desaparecido la agente.

Finn mordió sus labios, sonrió e ignoró las mariposas en su estómago.

—Hagámoslo.

EPÍLOGO

En Nochebuena Finn miró a su alrededor, incapaz de creer todo lo que habían logrado en un mes. Mientras se sentaba en cualquier esquina como un ave sin alas, maldiciendo su hombro, dando órdenes y sintiéndose frustrada e inútil, sus padres y Bryan habían unido fuerzas y trabajado como verdaderos maniacos para hacer el lugar habitable. Luego de limpiar frenéticamente, medir, planificar e ir de compras, el salón, la cocina y dos de las habitaciones estaban finalmente amuebladas. El resto se haría en el camino.

Las paredes aún necesitaban pintura pero, por ahora podía vivir con aquel beige mugriento. Cuando la molestaba demasiado se obligaba a mirar el gigantesco sofá que dominaba la sala, al igualmente enorme televisor pantalla plana, o al colorido Afremov que siempre había querido y nunca había comprado, pues no parecía práctico tener un cuadro tan grande en un apartamento minúsculo. La casa aún permanecía sumida en un ligero caos, pero quienes la habitaban la convertían en un hogar —un hogar feliz, lleno de personas felices.

En ese momento permanecían acurrucados en el sofá, bajo una manta mullida. Finn miró furtivamente a Bryan y a Maddie, arropados estrechamente junto a ella. Estaban viendo el final de Zootopia. Tenía que admitir que el oficial Hops y ella tenían mucho en común.

Un formidable árbol de navidad se sostenía en pie frente a las puertas francesas que daban camino al patio. Se había retirado el yeso hacía unos días, pero aun así había permitido que Maddie y Bryan decoraran el árbol. Recordó la dicha que le causaban aquellas tradiciones cuando era pequeña, especialmente cuando su padre la sostenía para que colgara los adornos en cualquier lugar que ella quisiera. Bryan y Maddie habían hecho lo mismo.

Finn extendió los brazos y acarició las cabezas rubias acurrucadas junto a ella, recibiendo sendas sonrisas. Maddie había perdido un diente la semana anterior, por lo que lucía aún más tierna cuando sonreía. Finn tenía razón. Su corazón era lo suficientemente grande como para amarlos a ambos: a su futuro

esposo y a aquella pequeña. Aún no podía creer que Bryan se las había arreglado tan rápido para que ambos se convirtieran en los padres adoptivos de Maddie. No había sido ningún milagro — pero su vida de pronto estaba llena de ellos.

—¿Por qué lloras, Finn? —preguntó Maddie, mirando inocentemente hacia ella con ojos preocupados.

Finn sonrió, acariciando el pelo de la niña.

—No estoy llorando. Es que me duelen los ojos de ver la TV. Aún no me acostumbro a esa pantalla tan grande.

—A mí me gusta —declaró Maddie. Luego miró alrededor sentada como un suricato—. Quiero un bocadillo.

—¿Qué quieres que te traiga? —le preguntó Bryan, apartando la manta.

—Nada. Voy a buscar Oreos —respondió Maddie, saltando por encima del sofá y caminando hacia la cocina, acolchada por sus nuevos calcetines rojos con la cara de Santa.

La miraron cariñosamente mientras se iba. Finn y Bryan querían que Maddie se sintiera en casa, así que habían decidido que su estilo de crianza sería amoroso y relajado por el momento, en lugar de sofocar a la niña. Si Maddie quería Oreos, entonces podía comer Oreos. Ya había sido privada de las pequeñas alegrías de la vida por demasiado tiempo.

Finn se colocó cerca de Bryan y puso sus manos alrededor de él. Su hombro aún le dolía, pero cada día mejoraba un poco más. Había hecho los ejercicios diligentemente, y esperaba volver al trabajo en cuanto Maddie comenzara la escuela.

—Gracias —dijo alzando los labios hacia su amante.

Él la besó hondamente, pasando rápidamente una mano por sus senos bajo la manta.

—No estoy seguro de por qué me agradeces, pero fue un placer.

Finn rió.

—Sabes bien por qué. Por Maddie. Por hacer todo esto posible. Por ser el mejor padre del mundo.

—Y estoy a punto de ser el mejor esposo del mundo, no lo olvides —le hizo un guiño—. Me debían un montón de favores. Esperaba el mejor momento para cobrarlos. Ese era el momento perfecto. A veces vale la pena ser un abogado.

—Sí, a veces es útil. Seguro lo fue cuando le explicabas a los progenitores de Maddie qué les ocurriría si no entregaban la custodia voluntariamente.

La mirada de Bryan se endureció.

—Es increíble lo que harían algunas personas para librarse de un par de años de cárcel. Los que no saben cómo es creen que no es la gran cosa, pero una vez que estás dentro cada día cuenta.

—Solo digo que puedes ser bastante intimidante cuando te lo propones.

Los juicios aún estaban en curso. El de Irlanda se encargaban de Seamus Fraser —quien se había recuperado milagrosamente— y de todos sus cómplices, que estaban acusados de tráfico de personas e intento de asesinato de un oficial. La evidencia en su contra era definitiva. Maddie había testificado con Finn y Bryan presentes para darle apoyo, la elocuencia de la pequeña había reducido la corte a un mar de lágrimas. Incluso los ojos del juez brillaban para el momento en que ella terminaba de contar su sórdida experiencia.

El segundo juicio se llevaba a cabo en Reino Unido e involucraba a los padres biológicos de Maddie. Finn conocía los trucos, sabía que intentarían hacer tratos y quitarse la culpa de encima, pero al final confiaba en el sistema. Ellos recibirían un castigo justo. Sin embargo, había millones de depredadores como ellos, abusando y explotando a los inocentes.

Finn no era ingenua. Maddie era una de los pocos afortunados, y por eso ella tomaría parte de la responsabilidad. El Inspector Jefe ciertamente había reconocido sus esfuerzos, ahora era la Detective Sargento Finola McGregor. Si su hombro herido finalmente sanaba, podría volver al trabajo para atrapar a la siguiente escoria humana que se le atravesara en el camino.

Maddie volvía con una pequeña bolsa de Oreos, mordiendo con el costado de su boca para evitar el agujero del diente recién perdido. Caminó hacia el árbol de navidad y encendió las luces parpadeantes, con una mirada brillante y fascinada. Había hecho

lo mismo numerosas veces desde que habían decorado el árbol. Simplemente permanecía quieta junto al árbol y lo contemplaba con una sonrisa angelical en su lindo rostro. Miró los regalos bajo el árbol.

—Si Santa entra en nuestra casa mientras dormimos, ¿no es eso allanamiento de morada, como en la TV? —dijo cuidadosamente.

Finn y Bryan se miraron el uno al otro, luchando con todas sus fuerzas para no estallar en carcajadas.

—No, es que tenemos leyes especiales para Santa —dijo Finn.

¡Dios, ser padre era un trabajo difícil! ¿Cómo podía una niña de siete años hacer preguntas tan ingeniosas? ¿Y cómo sabe una madre la respuesta correcta? Como policía, sabía que cualquier pervertido podía disfrazarse de Santa, pero no quería que su niña desconfiara de la bondad del viejo elfo alegre.

Finalmente dijo: —Santa tiene permiso para entrar y traer regalos, pero solo si mamá y papá están en casa. Nosotros… nos quedamos despiertos para esperarlo.

—Pero él no viene cuando los niños están despiertos —añadió Bryan.

—Huh —Maddie no parecía muy convencida. Terminó su galleta.

—Hora de dormir, pequeña — dijo Bryan mientras se levantaba y se acercaba para cargarla—. Dejémosle a Santa algunas galletas y leche, y después te doy un paseo a caballito hasta la cama. Mañana será un gran día. Nos encontraremos con la abuela y el abuelo en la granja de O'Hara, y allí vamos a tener una cena navideña con Dan, George y su nueva familia.

—Me alegro de que los niños permanezcan juntos, incluso si no son hermanos de sangre, ellos han pasado por mucho —Finn también se levantó—. Y el hecho de que Bridget hable rumano es una verdadera ventaja.

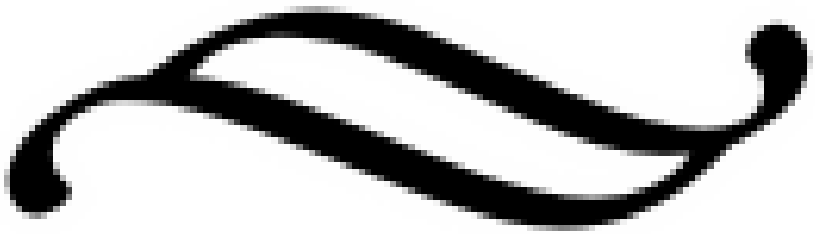
—Dan dice que él y George tendrán cada uno su propio poni. ¿Puedo tener un poni yo también? Quizás podamos tenerlo en su casa —preguntó Maddie esperanzada.

Finn sonrió.

—Quizás. Ahora vamos a dormir. No querrás que Santa se salte esta casa porque tú estás despierta, ¿o sí?

—No. Esta es mi primera Navidad de verdad. Quiero que sea perfecta.

Sonriendo, Finn removió su cabello, consciente de que un poni pinto con un lazo rojo en el cuello ya esperaba en el establo de la granja O'Hara.



Era la mejor mañana navideña que habían tenido nunca. Maddie estaba despierta incluso antes de que amaneciera. Había vaciado su calcetín, emocionada por las golosinas que habían dentro, y había desayunado obedientemente antes de comer cualquier caramelo. Se sentó junto al árbol, saltando inquieta.

—¿Ya podemos abrir los regalos?

—Claro —Finn se deslizó del sofá, permitiendo que Bryan la ayudara. En realidad no necesitaba ayuda, pero no tenía corazón para rechazarlo, especialmente luego de que él se encargara de ella durante los meses pasados mejor que cualquier enfermera.

Se reunieron alrededor del árbol y comenzaron a desenvolver los regalos. Mayormente observaban a Maddie asombrados, mientras

la niña gritaba de alegría, abriendo caja tras caja. Adoraba su Barbie sobre todo, así como su nuevo abrigo rosado con punta de piel sintética que combinaba con sus nuevas botas, también rosadas. Bryan había estado en contra de todo el despliegue de objetos rosa, pero Finn había insistido en que Maddie debía tener cosas de niña si le gustaban. Y obviamente le gustaban.

Finn adoraba sus guantes de cuero y la bufanda roja que siempre había querido, pero era demasiado tacaña para comprar. Bryan estaba acostumbrado a sus extravagantes regalos, así que sonrió ampliamente cuando recibió un frasco personalizado de su esencia favorita de Calvin Klein. El perfume se llamaba Obsesión, y Finn había grabado en el cristal las palabras por Don Perfecto. Había salido caro, pero valía la pena por ver la cara de Bryan mientras leía el mensaje.

Él se inclinó para besarla y también besó la mejilla de Maddie.

—Gracias —le agradeció a Finn.

—Es un placer, Mr. Perfect —ella le dedicó un guiño, luego miró a Maddie, quien luchaba por introducirse en su nuevo abrigo.

Finn la ayudó y luego le subió la capucha.

—¡Ah, linda, luces como una princesa!

Maddie se giró, con una amplia sonrisa de dientes en su lugar.

—¿Cómo supo Santa mi talla? Es perfecto.

Finn miró a Bryan en busca de ayuda.

Él arqueó las cejas.

—Maddie, es que Santa sabe todo lo que desean los niños.

Maddie se sentó en el suelo junto a ellos.

—Sí, ya sé. Pensé que solo Dios sabía, pero ahora veo que los dos son más o menos lo mismo. ¿Serán hermanos?

Finn no estaba segura de cómo responder a aquello, así que se limitó a alisar el cabello de Maddie.

—Entonces, ¿te gustaron los regalos que te trajo Santa?

Maddie asintió con énfasis.

—Me encantaron. Ya tenía desde hace semanas lo que había pedido.

Finn y Bryan intercambiaron miradas. Para no traicionar la confianza de la niña fingió que no sabía de qué hablada.

—Ah sí, y ¿qué es lo que querías?

—¿Recuerdas la noche que viniste a verme? Te di una carta para Santa. Tú se la enviaste, ¿no?

Finn asintió.

—Así es.

—Deseé una mamá y un papá. Y ahora los tengo a ustedes —dijo Maddie con inocencia. Luego, con un gesto que derritió el corazón de Finn, se acurrucó junto a ella y puso su cabeza en su regazo.

Finn dirigió su mirada brillante hacia Bryan, emocionándose aún más cuando notó que sus ojos también estaban vidriosos. Acarició el cabello de Maddie, limpio y radiante, desprendiendo el olor dulce a coco de su champú favorito.

—Además, Santa me dio otro regalo que quería, aunque no lo puse en la carta —dijo Maddie, compartiendo con ella una sonrisa cómplice.

—Y, ¿qué es eso? —preguntó Finn inquisitiva.

Maddie presionó su mano contra el vientre de Finn.

—Una hermanita o hermanito.

El color desapareció de las mejillas de Finn. ¿Cómo podía Maddie saber que estaba embarazada? ¡Apenas se había hecho la prueba el día anterior! Aturdida, miró hacia Bryan.

Él se sentó nuevamente ante ella, paralizado, mientras Maddie permanecía con su mano sobre su abdomen.

—¿Eso es cierto? —preguntó Bryan incrédulo, con una sonrisa tímida extendiéndose por todo rostro—. ¿Por qué no me dijiste nada?

Finn humedeció sus labios.

—Es que no estoy completamente segura aún. Tenía algún retraso, así que me hice una prueba de embarazo. Pero no es seguro hasta que visite al doctor. Quería estar segura antes de decirte.

—Yo estoy segura —dijo Maddie sabiamente mientras la miraba.

Finn y Bryan miraron a su nueva hija sin saber qué decir. Ella había escuchado historias similares, cuando un niño percibía la presencia de otro incluso antes de que este naciera, pero esas historias incluían a infantes que compartían lazos biológicos con el nuevo bebé. ¿Podía Maddie saber verdaderamente?

Maddie no era su hija biológica, pero era su hija. Ya sea que tuviera que ver con hormonas, intuición o algo más, Finn sabía que era real. Lo experimentaba en ese preciso momento. Quizás era un milagro de Navidad. Este bebé crecería y se fortalecería en su interior, y el año próximo tendrían un nuevo calcetín colgando de la chimenea.

Cuando Bryan se acercó para abrazarlas, Finn supo que todo era posible en esa mañana —todo gracias a su pequeña.

Gracias por leer Desaparecida. Si disfrutaste de esta entrega, por favor coméntale a tus amigos sobre ella y cuéntanos qué te pareció en una breve reseña en BookBub.com, Goodreads.com, o en cualquier lugar en el que obtengas tus libros. Las recomendaciones de los lectores son las mejores amigas de un autor y son más que bienvenidas. Gracias.

Para obtener la colección completa de novelas del Escuadrón de la Garda irlandesa, visita www.WrittenMusings.com/MelindaColt.

SOBRE LA AUTORA

Melinda Colt es una autora best seller de novelas de suspenso y misterio. Aunque es Licenciada en Derecho y tiradora profesional, trabajó como periodista antes de convertirse en autora a tiempo completo, y tiene un negocio propio de diseño gráfico.

A Melinda le encantan las novelas policíacas y el chocolate, y su cita ideal es pasar un día lluvioso acurrucada con su esposo viendo una película clásica. Le encanta escuchar a los lectores, así que si tienes alguna pregunta o quieres saber más sobre sus libros, visita su página web: www.WrittenMusings.com/Melinda Colt o www.MelindaColt.com.

Para estar al día con las novedades y ofertas especiales, suscríbete a Melinda's Newsletter.

NOTAS

Capítulo 11

1 * Tipo de pólvora sin humo, compuesta de nitroglicerina y algodón pólvora. (N. del E.) .